

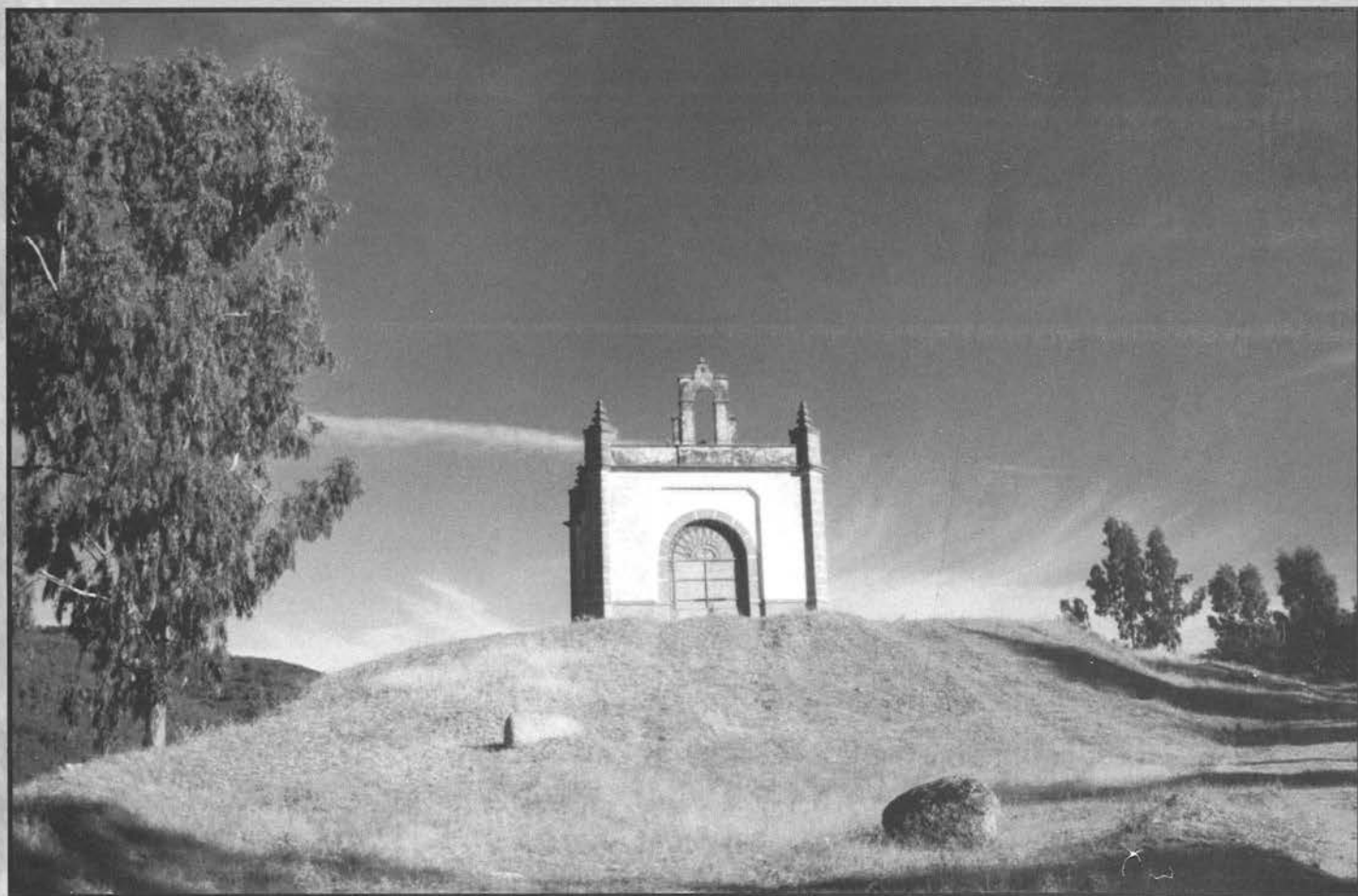
# Casa Regional **EXTREMADURA** en Getafe

Boletín Informativo N.º 55  
Mayo - Junio 2002

*ESPECIAL I*

*Vía  
de la  
Plata*





*La Ermita de San Isidro, en versión clásica*

**Número 55 • Mayo - Junio 2002**

*Especial I Via de la Plata*

**Autor:** Manuel Morajudo Manzanet

**Patrocina:** Dirección General de Patrimonio Cultural  
Consejería de Cultura • Junta de Extremadura

**Edita:** Casa Regional de Extremadura  
C/. Felipe Estévez, s/n. • 28904 GETAFE (Madrid)  
Tel.: 91 665 13 36 • Fax: 91 681 60 00 • E-mail: cexgetafe@bme.es

**Dirección:** Pedro Aparicio Sánchez

**Redacción:** Apolinar Mesa, Esther Moreno, Pedro Aparicio

**Relaciones Públicas:** Fernando Bercedo Bonacasa

**Distribución:** Manuel Goas

**Colaboran:** Emilio Ortega, Juan Manuel Veladés, Manuel Morajudo, Victoria Gasané,  
Jesús Angel Colmenero, Rosa María Ureña, José Luis Sánchez del Pozo, Poco,  
Sergio Arganza, Santiago Moreno, Ana María Mora Jimeno

**Fotografía:** Juan Nieto y Pedro García

**Maqueta, fotocomposición e impresión:** Gráficas Dima

Depósito legal: M. 44. 161-1990

# De el Real de la Jara a Monesterio (v)

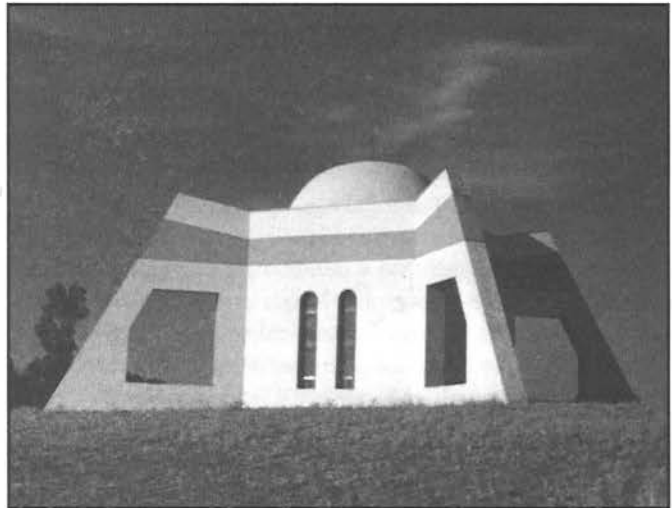
22 km. / Total recorrido: 110 km.

**E**l camino de *EL REAL DE LA JARA* hasta *MONESTERIO* es un tiro. De hecho, en la calle más cercana al castillo, que según algunos lugareños es la que más acendrada historia tiene, un cartelillo dice escuetamente: "Cordel de *MONESTERIO*". Y el caminante sabe o intuye que (aparte de ser el camino a seguir) es el que cualquier mojino tomaría para irse de pingo a la "ciudad del jamón". Como si fuera una romería. Y siempre hubo tal romería y la sigue habiendo.

Con la noche aún pegada a los párpados y bajo su dosel, el anti-quísimo girón de castillo que queda en pie al poco de alejarse de *EL REAL* y vadear el arroyo de la Víbora, que es la muria compartida de *SEVILLA* y Badajoz, de Andalucía y Extremadura, traslada al peregrino por el túnel del tiempo hasta el momento en que este paso era defendido por sus moradores de cualquier indeseable presunto agresor. No es grande el castro conocido como de las Torres, asentado en la confluencia de dos arroyos, el de la Vega de los Sauces y el del Puerto de la Casa; parece como la avanzadilla de un lejano ejército que hubiera quedado varado en las resoladas laderas de las sierras del Pimpollar, de San Roque o de Tentudia. Allí acuartelados, normalmente los de la leva, verían pasar sobre todo las eras del tiempo, la vida entera ante sus ojos sin poder asirla ni pensar en hacerlo. "Soldados sin batalla". ¿Se ha visto mayor contrasentido? Quedé mirando la castrense ruina durante un buen rato (la verdad es que era aún tan de noche - seis de la mañana - que después del tercer tropezón en un kilómetro decidí esperar a que, al menos, alboreara no fuera a irme de bruces sobre cualquier bosta reciente de vaca, peor aún, me torciera un tobillo por no ver dónde pisaba) imaginando un asedio, con todo aquel paraje cubierto de máquinas, tiendas de campaña, piafar de caballos, gritos de hombres, crepitar de hogueras y tensión en el ambiente por el inminente asalto; mientras en el castillo, luces de antorchas iban de un lado para otro asegurando los puntos débiles de la fortaleza y una voz potente se oía arengando a los soldados para que no cedieran un ápice con el enésimo ataque de los ya hartos sitiadores. De pronto, crece el ruido. Se ha dado la orden de ataque y todo se desencadena en un tumulto de ayes, imprecaciones y gritos de agonía y de victoria. No sé cómo acabaría la batalla. Mal para unos y bien para otros, como siempre. El caso es que lo único que quedan son estas renegridas y mudas piedras y una sutil sensación de esfuerzo en baldío.

Ya clareando reinicié la marcha abriendo bien el compás de las piernas, buscando ritmo en la acción para intentar sostenerla el mayor tiempo posible hasta que el sol levantara por encima de las montañas que voy dejando a mi derecha, las del Pimpollar y San Roque antes citadas. La mañana es fresca, límpida y la única nube en el cielo es la estela de humo que un reactor va dejando en lo alto como arando el azul. El camino es muy caminero, esto es, muy andable, picando hacia arriba continuamente pero de forma casi imperceptible hasta Puerto Lobo y la barranca del Santo. Densas dehesas de pastizales y encinas jalonan el tránsito, que también atraviesan el barranco de Doña Marina y el arroyo de la Mano y

para cuando llego al cruce de la senda con la dichosa 630, sólo quedan 8 ó 9 kilómetros para acceder a *MONESTERIO*. Aledaño al cruce está la carreterilla que lleva hasta Pallarés subiendo el Puerto de la Gaitera, que salva el final de la sierra de San Roque, que aquí se llama Sierra Morena, y la de Juan Moreno, y también la Venta del Culebrín (que está cerrada para mi mal, pues algo de sed ya tengo y el arroyo de donde toma el nombre va tan seco como mi gaznate) y la ermita de San Isidro, bueno, la moderna versión de la que hay unos cientos de metros más allá, asomada sobre el borde mismo de la carretera nacional. La "moderna", por llamarle algo, parece una nave alienígena y no porque yo haya visto muchas (ni nadie creo que las haya visto de verdad, aunque sí puede que en su imaginación más o menos arrebatada), sino porque se parece a las que salen en las películas de ciencia-ficción. Como poco, desentona con el entorno. Pero allá películas.



*La Ermita de San Isidro, en versión espacial*

La cercanía de la 630 ya la barruntaba desde que rebasé las dehesas y comenzaron los amarillentos campos de cereales que riegan, es un decir, el arroyo Culebrín y la charca El Romeral, pues su runrún, como el gruñido de un mítico monstruo, iba rompiendo en un creciente aullido el silencio mágico de la mañana que lo hacían aún más mágico el bramido de una punta de ganado bravo en una solitaria isleta de encinas, el graznido de una familia de cuervos que iba levantando el vuelo intermitentemente según el atochaveredas llegaba a su altura, el balido quejumbroso de algunas lejanas ovejas y el hozar mecánico de una piara de cerdos rojos. Pero el aullido de la carretera (la de mayor circulación - 10.000 coches diarios - de todo el Oeste peninsular) apagó cualquier otro sonido y la placidez de la caminata se tornó en necesidad imperiosa de llegar al término de la jornada antes de que el agobio se me instalara entre las sienas.

Pero aún podía haber un problema añadido al del ruido ensordecedor y era tener que caminar por el arcén de esa carretera.

Esperaba que la sensibilidad de quienes diseñan y mantienen esta clase de rutas pedestres y las autoridades que han de animarlo y permitirlo, hubieran encontrado alguna fórmula adecuada para eludir lo inevitable, pues una carretera de estas características tiene un amplio margen de dependencia, vamos, que obliga a ensanchar las zonas de servicios para los vehículos y, por ende, a inhabilitar determinadas sendas y cordeles antes transitables.

Bueno, pues por esta vez sí que se ha pensado en quien camina. Desde la ermita de San Isidro, (la primitiva, no el pastiche sideral) como punto de referencia, se abre un angosto sendero por entre un repoblado y prieto bosque de eucaliptos que va en paralelo y por encima del asfalto. No se mitiga en demasía el ruido, tampoco los eucaliptos dan demasiada sombra. (Es un árbol un poco ingrato para el que camina y para la tierra en la que crece, porque lo hace a expensas de todo lo que le rodea, dejando la tierra pelada, sin vegetación por medio, y al no compactar la tierra con sus profundas raíces en cuanto cae lluvia arrastra consigo todos los nutrientes que ésta pueda tener dejando el lugar un tanto desértico; pero eso sí, su madera se vende bien y los árboles crecen rápido, aunque el terreno quede impracticable para nada en unos cuantos años. Las razones económicas siempre por encima o contra la lógica de los entornos naturales). En algún momento hay que descender a la carretera y atravesarla con todos los sentidos en alerta; pero enseguida se encuentra la senda alternativa hasta llegar a la Cruz del Puerto. En concreto, desde el mojón del kilómetro 726, sale un ramalillo a la izquierda que lleva en continua ascensión pero sin demasiadas apreturas hasta la mentada Cruz.

Desde aquí se puede ver una estupenda panorámica de todo el estrecho valle recorrido entre las sierras de Tentudia, al Oeste, y las de Juan Moreno y del Puerto, al Este. Y a MONESTERIO con sus blancas casas, la parda mole de su iglesia parroquial, de San Pedro Apóstol (que es del siglo XVI y de estilo gótico-renacentista), una enorme cantidad de grúas-pluma, lo que proclama que el pueblo está creciendo pues se están construyendo nuevas viviendas, y un ruido perenne en todo el casco urbano, porque la 630 pasa justamente por mitad misma de la población. Es impresionante todo el tráfico que soporta MONESTERIO, aunque eso sea su principal fuente de riqueza, pues quien aquí llega, para y prueba su jamón y demás productos de chacinería (así se la llama y conoce: "la ciudad del jamón"), lo cual incorpora una gran profusión de establecimientos hosteleros y de tiendas de todo tipo y, claro, bullicio continuo y máxime en verano, que es cuando aumenta el número de turistas y de monesterienses que trabajan fuera de Extremadura y durante el estío vuelven a sus lares.

Quien me vaya siguiendo ya sabe que en el tramo que he relatado, en algún momento, salgo de la provincia de SEVILLA (EL REAL DE LA JARA es el último pueblo sevillano por esta ruta mozárabe) y entro en la Comunidad extremeña, en la provincia de Badajoz, cuyo primer pueblo en esta senda es precisamente la villa monesteriense, la cual une la comarca de la Sierra de Jerez y La Campiña. Pues va de límites y diferencias. En algún sitio he leído que esta zona se llamaba por los romanos CURIGA y por los árabes AL-CAXERA; pero lo cierto es que esos dos nombres pertenecen a CALERA DE LEÓN (de la que luego hablaré algo más). MONESTERIO siempre estuvo al socaire de la Orden de Santiago y el pueblo de CALERA era el que gozaba de sus preferencias. Cuando desapareció la orden santiaguista fue cuando comenzó a crecer MONESTERIO y a quedarse anclada en el pasado la otrora poderosa CALERA; pero el tiempo todo lo nivela aunque las accio-

nes de los seres humanos tomen caminos distintos y ahora ambas villas gozan de una bien ganada prosperidad ofreciendo lo mejor que tienen al caminante: jamón en MONESTERIO; bellos paisajes y riqueza arquitectónica (aunque el jamón también llega hasta aquí, asevero), fruto de un potente legado histórico, CALERA DE LEÓN y toda la Sierra de Tentudia. Los siete kilómetros que "unen" ambos lugares demuestran la realidad de estos asertos, como pude comprobar al día siguiente de mi llegada a MONESTERIO.

En la Cruz del Puerto está la cruz, claro; pero también una agradable área de descanso con mesas, escaños para sentarse, barbacoas y arbolado, y una pizpireta fuente que hace que todo el conjunto esté como pintiparado para que el que viene caminando o para que el que conduce se solacen si lo desean. Pero la fuente no tiene agua. Así que se acabó el encanto antes de empezar a degustarlo. Es esa sensibilidad, de la que tantas veces hablo, lo que más se echa en falta cuando se camina. El peregrino no es un pordiosero, nunca lo fue. Sólo expresa una forma de entender la vida, una actitud. Y no pide más que aquello que es de pura lógica hacer. Si hay un área de descanso, que habrá costado un dinero, energías, trabajo, y se anuncia como tal y hasta se instala una fuente, ¿no habrá que hacer que todo funcione?. ¿No era esa la idea cuando se construyó?. ¿Por qué no se pone en práctica en todo momento?. ¿O es sólo un resto de campaña electoral que deja de funcionar cuando ésta termina o cuando el partido opositor se turna en el poder?. Y entiendo que pueda haber una avería temporal; pero según me contaron los voluntarios de Cruz Roja, en cuyo edificio está instalado el albergue de peregrinos, eso lleva así algún tiempo porque nadie parece saber dónde está la llave de paso para abrirla. Se la habrán llevado.

Menos mal que la villa de MONESTERIO está ahí mismo y se podrá mitigar la sed en cualquier figón; pero no puedo evitar que me moleste sobremedida la ineptitud y la desidia. Son las dos "facultades" humanas (ningún animal se permitiría tales lujos) que peor llevo junto con la mezquindad.

Una vez instalado en el lugar antedicho, sobrio pero con lo esencial a mano, y la compañía impagable de los voluntarios de la Cruz Roja, indagué por la forma en cómo llegar a CALERA DE LEÓN y al Monasterio de Tentudia de otra forma que no fuera andando, pues el primer sitio está a legua y media y el segundo a legua y tres cuartos más allá del primero, o sea, tres leguas en total más la vuelta a MONESTERIO, seis leguas y todo (según me decían) por asfalto, regular circulación (porque son sitios que se visitan más a menudo en fin de semana, y en fin de semana estamos) y con el sol imponiendo su ley haya o no haya sombra, que tampoco hay mucha. Además, quería descansar aquí un día para así aprovechar sin esfuerzo el llegarme a sendos enclaves. Pero no hay autobús de línea los fines de semana, así que sólo quedaba ir a pie. Pero utilizar el día de descanso para hacerte 30 kilómetros por carretera es un contrasentido y aunque es cierto que estos dos lugares tienen su elevada significación en la Vía de la Plata también podía volver a ellos en otro momento y en coche, aunque estar aquí y no ir... Eso era impropio del caminante que, además, ya se había creado cierta aureola de experto y veterano en esto de las andadas con los "cruzrojeros" o "coloraos", como por aquí les llaman, así como con un par de peregrinos que llegaron en bicicleta al poco de llegar yo, y no iba a dejar mi recién adquirida reputación por los suelos. Vanidad de vanidades y solo vanidad.

Estas cuitas no me abandonaron mientras recorría parsimonio-

samente el pueblo. Me llegaba hasta la iglesia de San Pedro Apóstol, comía en uno de los restaurantes monesterienses - El Sur, creo - y escribía estas líneas en cuaderno de bitácora. "También podía subir temprano a CALERA y malo será que, en domingo, no haya alguien que me suba hasta el Monasterio en coche". Pensaba esto mientras "atacaba" un gazpacho fresquísimos y unos entremeses de chacina que jumaban ambrosía de puro buenos, cuando (lo que son las casualidades o, como decía mi tío Blas: "más vale llegar a tiempo que rondar cien años") de pronto suena mi teléfono móvil (aparato este muy útil por lo que a continuación viene) y una voz amiga me dice: "¿Pero qué haces tú en MONESTERIO, chaval?". "¡Puñetas, Rafa!, ¿cómo sabes que estoy aquí?". "Hombre, porque te han visto unos familiares míos, me han llamado, me lo han contado y me he dicho, pues voy a darle una sorpresa al andurriero éste". "Es increíble", acerté a decir. "Bueno, ¿vendrás a verme, no?". "Ya te digo". "Es broma, hombre. Oye, ¿y si mañana voy a visitarte? ¿Por dónde estarás?". Sí, era increíble. Hay que joderse lo que son las casualidades. Más. Lo que es desear mucho una cosa y que esa cosa ocurra. No es la primera vez que me pasa algo así; pero no por eso mermó un ápice mi sorpresa. Era como si en EL REAL DE LA JARA hubiera gritado o simplemente dicho: "Qué bien estaría que mi amigo Rafael Torres, abogado y de los buenos, me llamara cuando llegue a MONESTERIO y me llevara en coche a CALERA DE LEÓN y al Monasterio de Tentudía". Y el eco hubiera llegado volando por encima de montañas y valles hasta Ribera del Fresno, pueblo pacense donde veranea mi ínclito Rafael y éste obrara en consecuencia. Pero no, fue como queda dicho: alguien que me ve y cree conocerme y que se lo cuenta a quien le puede sacar de dudas de si soy yo o no a quien han visto, que éste confirma y se pone, porque así es de especial Rafael Torres, abogado, con los que quiere, aprecia y estima, en inmediata comunicación conmigo - véase la importancia del teléfono móvil que antes decía -. Visto así parece todo muy normal; pero lo cierto es que no tendría por qué coincidir mi necesidad o el dilema que antes he planteado con una llamada que solucionara a pedir de boca mi demanda. Eso es lo que hace a esa normalidad, mágica. Porque es magia que lo normal coincida o haga realizable lo necesario.

Ni un segundo tardé en contarle a Rafael dónde estaría y lo que tenía previsto hacer al día siguiente, a lo que él contestó que "sin problemas, primo". Solucionado el asunto, ataqué a la chacina con renovados bríos y con pareja enjundia a unos filetitos de carne asada de cerdo, así como a un vino alegre de esta tierra que está tan bueno como poco promocionado: vino de Tentudía.

Lo de "primo" no es rúbrica de parentesco. Quizá, las familias de ambos están tan relacionadas como la del Lama tibetano con la del Papa polaco; pero una noche de francachela hace prodigios a la hora de buscar, si es que por ahí deriva el parloteo que estimula la ingesta de buen vino (porque el malo sólo alimenta los malos humores y la anchura de la cabeza), un tronco común, un árbol genealógico que aunque tenga que acodar lejanísimas ramas con las de otro no menos lejano árbol, sirva para estrechar relaciones, para hacerse más cómplices en esos momentos en los que las ideas brotan más rápidas que las palabras, sobre todo porque la lengua se convierte en un trapo. Y entonces es cuando surge la propues-

ta: "Porque somos amigos, Rafael, ¿no es así?. Más. Somos familia y entre los que son de la familia no hay cuentas. Por eso esta ronda la pago yo y si te enfadas es que no quieres a la familia, porque somos como hermanos, bueno, somos primos. Primos, Rafael". "Sí señor, somos primos. Oiga, camarero, póngale a mi primo, ¿te das cuenta que lo digo, Manolo?; póngale a mi primo y a mí, que también soy su primo y a estos señores que nos son primos nuestros ni entre sí, pero que son amigos, y muy amigos, oiga, muy amigos, una ronda. Que la paga mi primo, vamos, que es como si la pagase yo, que soy su primo". Pues así debió ser la cosa, aunque el tiempo transcurrido seguramente ha modificado el precio de las cosas y aquella ronda puede parecer hoy barata; pero aquella fue una ronda de primos, sobre todo porque los "amigos", los señores amigos estuvieron bebiendo de gorra toda la maldita noche, y de paganos mi primo y yo, que soy primo con él, o sea, primos en sí.

La tarde pasó casi sin sentir con la plática con los "coloraos" y esporádicas visitas a alguna de las tascas que jalonan la 630. En una de esas visitas, en la última antes de acostarme, pedí un bocadillo de jamón. Estaba tan bueno el jamón, con esas vetitas blancas y ese "sudorcillo" que le sale de puro bueno que es, que a poco me echo a llorar. Releche, qué bueno está.

Con Rafael no había quedado a ninguna hora del día siguiente, así que como consideré poco interesante sentarme a la puerta del establecimiento de la Cruz Roja para certificar con la observación que en verdad pasan 10.000 vehículos de distinto tamaño y tonelaje por cualquier punto de esta insoportable carretera a lo largo de un día (y mira que un día puede ser largo si sólo lo dedicas a esperar, y si no que se lo pregunten a los que pacientemente "esperaban a Godot"), decidí echar a andar con lo esencial de impedimenta: varal, tabaco, algo de dinero, cámara fotográfica y cuaderno de bitácora hacia CALERA, comprobando, eso sí, que el teléfono móvil funcionaba pues lo que sí acordamos era que me llamaría Rafael cuando fuera a salir de Ribera del Fresno. Podía también haberle llamado yo, pero aparte de consideraciones personales como no ser aprovechado ni "plasta", es que su teléfono móvil carece de cobertura en el pueblo antedicho, con lo que difícilmente iba a localizarle. Cuando él me llamó el día anterior lo había hecho desde el teléfono fijo de su casa; pero como no tengo ni idea de cómo funciona mi teléfono móvil - donde seguro que estaba grabado su número de teléfono - me hurté de localizarle como digo; ya lo haría él.

En un principio tuve la idea de ir por donde cualquier neófito sabe: serpenteante carreterilla que trepa hacia la sierra de la Cruz al poco de salir de MONESTERIO, bajada por la Dehesa Nueva hasta el embalse de Tentudía, que retiene las aguas de los ríos Bodión y Ardila, afluentes del río Guadiana, y nueva subida por el borde de la sierra de Recio y la Roza de la Mua hasta CALERA. Pero cuando entré en el bar de la gasolinera que hay al final del pueblo a desayunar, pregunté por un camino alternativo y allí me contaron que existía la posibilidad de bajar hacia el arroyo de la Dehesa y desde ahí echar hacia el lugar previsto. No sabían mucho más, mas entre lo escuchado, lo intuido y lo que pudiera imaginar estando ya en la senda, di por buena la inopinada alternativa y me aven-

1. El dublinés SAMUEL BECKETT, nacido el año 1906, residente en París desde 1938 y allí fallecido en 1989, es el autor de varias obras de renombre como "Molloy", "Malone muere" o "Final de partida". También escribió una obra teatral en 1952 que fue representada en el Teatro Beatriz, de Madrid, con rotundo éxito: "Esperando a Godot". Los dos personajes principales están esperando durante toda la sesión a alguien que nunca llega, aunque ellos están convencidos de que lo hará. BECKETT fue Premio Nobel de Literatura en 1969.

turé con esa energía que da el haber dormido toda la noche de un tirón<sup>2</sup>.

La cosa resultó más sencilla de lo que esperaba, pues se trataba de ir en dirección Oeste y como al poco de meterse en la senda paralela al arroyo ya se divisa en lontananza el pueblo, como un islote en medio de un mar de robledos y encinares, la referencia no podía ser más aclaratoria. También se rodea la sierra de Recio, pero por el Norte, y por la bajada del Cerro del Coso se entra en CALERA DE LEÓN. Nada más hacerlo se nota que el pueblo tiene "esencia y presencia". Esencia porque lo primero que saluda al caminante es una almazara con su característico olor, el cual nunca me pareció desagradable pese a que entiendo sea un poco fuerte para pituitarias desacostumbradas - aunque yo creo que la basura huele mucho peor - que no reconocen algunos olores tan naturales como el de la sangre vertida, el cagajón de caballo o el de huevos podridos de las aguas sulfurosas (que es en donde se instalan los balnearios que lo son de verdad). Y presencia porque la mole de la conventual santiaguista ocupa tanto espacio como el de las casas blancas que la circundan. Puede parecer exagerado, y lo es; pero es inevitable que mires donde mires te encuentres con el grisáceo color del antiguo cenobio de la Orden de Santiago. Almenado, artillado, altísimo, desparramado, abigarrado, imperioso. Domina todo CALERA de cerca y de lejos, como pude comprobar mientras subía hasta aquí y al día siguiente camino de FUENTE DE CANTOS.

Desde luego lo más importante, arquitectónicamente hablando (y también lo que más turistas "accidentales", foráneos o autóctonos intermitentes atrae hasta la villa monesteriense) de la otrora romana CURIGA y nexo de unión de la comarca de La Campiña y de la Sierra de Jerez son la Conventual santiaguista, el Monasterio y el Palacio de los Vicarios de Tudía. Conforman la tripleta de poder eclesial y territorial más importante de la omnipresente Orden de Santiago, desde comienzos del siglo XIV hasta que terminó incluida (diluida, diría yo) en el maestrazgo de los Reyes Católicos (finales del siglo XV), como también ocurrió con las Ordenes militares de Alcántara y Calatrava<sup>3</sup>. El prurito totalizador de los Reyes Católicos, concretamente de Fernando, no podía consentir que estas Órdenes todopoderosas y exentas de otros frenos que no fueran los de sus correspondientes Maestres, prevalecieran o hicieran oídos sordos a los mandatos o disposiciones de la Corona, así como que fueran más poderosas, económicamente, que la misma; de ahí que no sólo se convirtiera el rey Fernando en Maestro de todas ellas, incluida la de Montesa, sino que trasladara sus fondos de forma simultánea (y sin ayuda de ordenadores o Internet) a las siempre necesarias arcas del Tesoro real.

La Conventual de CALERA la componen la iglesia, el claustro y las dependencias monacales. Lo primero que llama la atención,

aparte de sus dimensiones, es la mezcla de ladrillo y piedra, utilizándose esta última como contrafuerte. La iglesia tiene una sola nave y su bóveda es de crucería estrellada. El claustro es cuadrado y con dos pisos, todo en piedra. El inferior tiene cinco arcos de medio punto en cada lado sobre columnas jónicas y las bóvedas tienen crucería sencilla, menos en las esquinas, que son estrelladas. El superior tiene diez arcos por lado, también de medio punto y sobre columnas jónicas, todo él balaustrado y con el techo de madera, con profusión de veneras y de cruces de la Orden por todos lados. Todo el conjunto es gótico tardío con apuntes renacentistas.

Habiendo parado en el bar que hay al pie mismo del monstruo de granito y mampostería, en el que aún se pueden observar contrafuertes cilíndricos como los de la Catedral de Santa María La Real en Nájera (La Rioja), no haciendo ni cinco minutos de mi llegada, sonó el teléfono. Mi "primo" Rafael dando el "parte". "¡Primo!, ¿dónde estás?". "En CALERA DE LEÓN, primo". "¿Hace mucho?". "Acabo de anunciar mi llegada". "¿Cómo?". "Tirándome un pedo. Venga primo, qué más te da cuándo he llegado. Estoy esperándote aquí, barbián". Si no echamos algún chascarrillo Rafael y yo cuando hablamos, aunque sea por teléfono, es que algo grave pasa. Como cuando me avisó que Florentino Sahogar Rodríguez había fallecido en su casa de Titulcia, la antigua Bayona romana, el pueblo más antiguo de la provincia de Madrid. Ni una sola chanza. Y eso cuando no lo esperas, impone. Florentino Saturnino, que era su nombre de pila, era el "maestro". Para mí como la sucesión encarnada de mi padre y mi tío Blas Botas Alonso. Un "coloso" en todo. Hasta para marrar. Pero se me hace que no viene a cuento que ahora hable de él. Debe ser por lo aparatoso de la conventual calerense que se me ha venido a las mientes su recuerdo; pero no, no voy a hablar de él ahora, aunque no desestimo la posibilidad de que así ocurra a lo largo de este relato.

En media hora mal contada llegó, acompañado de una amiga, Primi (para los amigos, en el mundo Primitiva). Y en el ínterin, visité el templo y el claustro aprovechando una de esas visitas grupales del Insero, pues para el resto de los mortales aquello estaba cerrado como si se esperara la visita de alguna patrulla agarena, que por eso es por lo que se construyó este bastión fronterizo.

Su llegada aún coincidió con la visita programada, así que pudieron ver ambos la nave del templo, pero no el claustro, que es lo más interesante de todo el conjunto. No alcanzo a entender por qué estos lugares de visita casi obligatoria para quien por aquí brujulee, sobre todo en los fines de semana y máxime en verano, quedan cerrados a cal y canto por puro capricho de no se sabe quién. Pero es capricho, y por lo tanto, actitud insolidaria y demostración de soberbia, de ineptitud y no sé cuántas cosas más, bueno,

*2. Con posterioridad pude enterarme de una tercera posibilidad para llegar al Monasterio de Tentudía y a CALERA DE LEÓN. Es un paseo largo pero bello, muy bello. Se trata de salir hacia el cauce del arroyo Cañudo, en dirección Suroeste, por debajo de la sierra de la Cruz y su cumbre, El Peñón, para llegar hasta el paraje conocido como del Monje, cruzar el río Bodión y más adelante y arriba, pasar el Collado de las Cruces para transcurrir entre el arroyo de Valdelabuesa y la barranca de Santa Ana y así toparse con una carretera local que, rodeando el cerro Tentudía se engarabita hasta las paredes del Monasterio del mismo nombre. Para llegar desde aquí a CALERA sólo hay que seguir de vuelta la mentada carretera, que no tiene más de cinco metros de anchura, y que va cumbreando hacia el Norte (Las Majadillas, Cerro Las Cabezas, Cerro de las Colmenitas, El Chaparral de la Pinta y La Facunda) por este increíble rincón de Sierra Morena. Una maravilla.*

*3. Se encuentra información más detallada sobre el nacimiento, auge y caída de las Ordenes militares españolas en mi relato de "Las Vírgenes de la luz o de los Últimos Templarios, publicado en la Revista de la Casa Regional de Extremadura en Getafe. Números 17 al 51.*

que sí sé pero no digo.

El guardián, o guardés, o guía de la visita por la Conventual no estaba para nadie que no fueran los efectivos de la visita programada. Es más, sólo abrió sus instalaciones (hay que denominarlas así, porque parecían "sus" instalaciones) cuando los "abuelos" lle-



La Cruz del Puerto en Monesterio

garon y las cerró cuando ellos se fueron. Estando en el claustro con ellos, aproveché y me colé de rondón en el mismo y cuando el guía comprobó que alguien más había después que hubieran salido los celebrantes del meritado JUBILEO 2000, me bocinó desde un rincón de la bella y noble estancia: "¡Eh!, ¿quién hay ahí?. Esto está cerrado, que hoy es domingo". "¿Qué?". "Que hoy es domingo y...". "¡Ya, ya!; pero yo no he pasado a través de la pared". "¿Cómo?". Una propuesta absurda, mejor, una propuesta innoble a otra que lo es más o menos igual, si encima tiene ribetes de coña verbenera, viene siempre "a huevo" para poner al que se sabe transgresor contra las cuerdas. Se trata de que las preguntas las hagas tú y no al revés, aunque si ocurre lo contrario no hay que cortarse "ni un pelo". "¿Tiene permiso para estar aquí?". No esperaba esa propuesta. El guía era un tío inteligente. "¿Tiene usted permiso para preguntármelo?". No me iba a quedar atrás: a una chulería, otra mayor. "Es que soy el guía de la Conventual". "Y yo un peregrino". El sujeto reflexionó, creo que lo hizo, porque arguyó: "¡Ah, bueno!". ¡Joder!, qué fácil me lo puso. Dices "peregrino" y se lo piensan. "Vienen de fuera y a saber quién es, ¿sabe usted?". "Pues nadie, sólo un peregrino". Pero el vocablo surte efecto porque está en la memoria histórica. Y si no lo está, lo parece. "¡Ah, bueno!". Aquel pobre majadero hubiera podido seguir preguntando o, simplemente, haberme echado sin más contemplaciones. Es más, hubiera respetado cualquier argumento plausible. "Es que hoy

los monjes tienen esto cerrado; pero la visita que ha visto era un compromiso del prior. Y, bueno, no se gana mucho como guía, y hay que aprovechar estos momentos". Todo hubiera servido, menos el "porque yo lo digo".

No ya por mí, sino por la cantidad de visitantes que un sábado o domingo puede recibir CALERA, que además tiene buenas instalaciones hosteleras, y pueden haber venido aquí no sólo por probar el cabrito asado, el solomillo de ibérico, la chacina o la caldereta, acaso también por sentirse insuflados por el ardor guerrero de Pelayo López Correa y verse como protagonistas de la batalla mantenida el día que el sol se paró, lo que no debería costar mucho imaginársela, pues en el retablo mayor se cuenta de un brochazo - miento, de expresivos brochazos de encandilado pintor - lo acaecido, sino por ver el templo y el claustro, razón suficiente por la que deberían estar abiertos de forma discrecional, por aquello de controlar pero con un horario flexible. Esto es, que la gente entre y salga cuando quiera aunque tomando buena nota de quién lo hace, pero no en un papel, no; sino con un vigilante que discretamente vele por los intereses de la Conventual en sí, por no referirme a persona alguna, no sea que se me molesten.

Aunque en el fondo tanto me da que así ocurra. El guía debe estar para guiar, no para decidir si hoy se cierra y mañana no; está para asesorar, contar y seducir con lo que cuenta a quien escucha, no para poner la mano pordioseramente por un trabajo que se supone que hace bien y que debe estar suficientemente remunerado, porque así se le da importancia a lo que hace. Y el templo hay que restaurarlo antes de que se venga abajo con tanto cable que le circunda y en dónde se apoyan. Escuadras metálicas, jicaras, cuadros de luces (algunos atornillados a la mampostería y otros colgando del granito, o viceversa), clavos para sostener cables metálicos que a su vez sostienen armaduras de luces, de bombillas, para los días de fiesta (que por el tiempo que ahí se quedan, parecería que es que hay aquí fiesta todos los días del año, haya o no fiestas que guardar), así como cordeles de banderolas y globos de papel para las celebraciones. Pero hay más. Contra los muros se adosan viviendas, infraviviendas, aunque daría lo mismo que fueran superviviendas. Estamos hablando de un monumento histórico, patrimonio de todos los españoles (creo que hay un Decreto Real que lo sanciona), y eso incorpora que todos somos responsables de su cuidado y mantenimiento, incluidas las autoridades, o sea, quienes gobiernan en los distintos niveles de la Administración. Y no digo que es que tengan éstos últimos más responsabilidad que el resto porque no es habitual que asuman la misma. Siguen el axioma de "tú haz que yo desharé". Y así nos va. Por ello sería de necios pensar y pontificar que "ellos tienen más responsabilidad que nadie". Para ser responsable de algo hay que demostrar ser ciudadano, y viceversa. Pero ese es un título que no se da en Universidad alguna, porque es un talante de vida, una forma de hacer las cosas que da carácter a quien lo ejerce y autoridad sobre quien no lo hace.

De todas formas, a Rafael y Primitiva (también abogada) no les hizo falta ver el claustro porque llevaba yo una postal del mismo y para hacerse una idea bastaba.

Desde aquí al Monasterio de Tentudía hay 9 kilómetros por la carreterilla que antes he mencionado en la nota de pie de página nº2. Un lujazo ir en coche con aire acondicionado hasta allí. No me avergüenzo de haberlo hecho de esta manera. Es más. Recomiendo a los azotaveredas que si entra en sus planes llegarse a los sitios

citados, lo hagan en autobús, en autostop (o sea, pidiendo recado de transporte) o reclamando solidaridad a algún amigo que resida en las cercanías (como decía Florentino Sahogar: “los amigos, el dinero y los cojones son para las ocasiones”), y que así sigan obrando hasta que se habiliten, informen y señalen pormenorizadamente los caminos para acceder a estos lares por sitios distintos a los por todos sabidos, desconociendo o no intentando encontrar o promocionar tránsitos alternativos. Que los hay. Yo los he transitado y aquí queda fiel información de los mismos; pero se corre el peligro de perderse porque no hay señal alguna. Y no es porque sea más listo que nadie, sino porque no me creo que otros sean más listos que yo, hasta que se demuestre lo contrario, que no dudo que pueda ocurrir, más, me encantaría que ocurriera.

Además, éstos enclaves tienen mucho que ver con la ruta mozárabe, la ab-lata árabe, la supermegacañada del Oeste, la iter emérita augusta romana; con la Orden de Santiago y antes con la Orden del Temple (no recuerdo bien en cuál pueblo, acaso CASTILBLANCO o ALMADÉN, hay una calle que se llama “de los Templarios”, lo cual parece casi un acto de rebeldía y si no se sabe de lo que hablo es que se vive en la chimbambas, que no se en dónde están pero debe ser en el culo del mundo); con el paso prehistórico de animales y personas para comer lo que brotaba y comerse a los que lo hacían; con una ruta en la que la única plata que había era en ALMADÉN del mismo nombre; pero que jamás se caracterizó por ser vía de comercio del noble metal. Por todo ello, estos lares no pueden quedar al albur voluntarioso de los peregrinos, sino que han de ser de obligado tránsito para que sigan teniendo prestancia y formen parte de la memoria histórica de una nación de naciones como es España.

El Monasterio de Tentudía está en el punto más elevado de Sierra Morena, algo más de 1,100 metros, y se alza sobre la antigua ermita que se construyó en el siglo XIII con motivo de la victoria obtenida por las tropas de la Orden, al mando de Pelayo o Pelayo Pérez Correa, Maestro de la misma, sobre las tropas agarenas, pues necesitando que las horas de luz del día de la batalla se alargaran, porque de entrar la noche no las tenía todas consigo por ser más conocedor el enemigo de las anfractuosidades de la sierra en la que estaban instalados desde hacía 300 años, clamó a la virgen con una frase desesperada: “Santa María, detén tu día!”. Y el día se alargó al detener el sol su eterno viaje durante el tiempo justo para poner al enemigo en franca desbandada. Eso dice la leyenda. No creo que ese día coincidiera con el retraso de los relojes que hacemos en la actualidad para ahorrar energía, dicen, cada equinoccio y solsticio o al entrar el otoño y el verano de cada período solar, más que nada porque en aquel entonces no existía tal convención. Así que más bien debió ser que el día de la batalla coincidió con el 21 de Junio (el día con más horas de luz del año) o bien que atardeció sin nubes en el horizonte y eso hizo que el sol “tardara” en ocultarse, propiciando el tiempo de luz suficiente para decantar la batalla del lado que, normalmente, se suelen poner los santos y demás grey celestial cuando se les invoca, del lado cristiano, como no podía ser de otra manera. Faltaría más. Pues eso.

El caso es que aquella frase casi agónica, desesperada, cayó en campo abonado y surgió la antedicha ermita y, posteriormente, el cenobio que hoy contemplamos, mudéjar del siglo XV, de impronta austera, de una sobriedad casi desgarrada propiciando a la introspección y el recogimiento. El claustro aún remacha este sentimiento pues está construido en ladrillo, con dos pisos y no hay ningún elemento decorativo digno de mención, como no sea la cisterna circular que hay en el centro del claustro. En la iglesia y en su retablo mayor es donde sí hay algo de colorido, un guiño a la alegría pues este último está hecho en azulejería, principios del siglo XVI, predominando el color rosa. El retablo se compone de banco, tres cuerpos con tres calles y remate, con escenas marianas. La verdad es que todo el templo destaca por el uso del azulejo, obra máxima del sevillano Nicoloso Pisano, que no dudó en decorar de la misma forma el sepulcro del Gran Maestre de la Orden, Pelayo, el de la frase. Así como las gradas del altar, los muros del iconostasio<sup>4</sup>, las capillas laterales y sus retablos. Tengo para mí que es una de las muestras artesanales más importantes del Occidente peninsular, en lo que azulejería concierne. El mismo Santiago a caballo hecho en cerámica es una de las imágenes más bellas que haya visto del Patrón<sup>5</sup>.

Llegamos al Monasterio en un decir amén y en un decir amén nos volvimos. En CALERA DE LEÓN el guía asumía a quién guiaba. En el Monasterio de Tentudía, en lo alto del monte desde el que dicen que se divisa SEVILLA los días claros, (aunque seguro que se ve mejor en las noches claras por el resplandor de las luces de la capital hispalense), el ermitaño no estaba. No sé si existe un escalafón en todo este mogollón “esperpéntico-cultural”; no sé si ser ermitaño, eremita, anacoreta, recluso voluntario, guardés, samaritano, habitante de la Tebaida, santón, erradicado, aspirante a monje o solitario cordero que quita - por tenerlos - todos los pecados del mundo, es superior o inferior a ser guía. Me hubiera gustado discutir con él este punto; pero no estaba. Tanto le molesta el mundanal ruido que entre las 13 y las 17 horas entra en trance, o se apareja con su barragana, o se va de copas a CALERA, o a tomar el aperitivo o, como el santo de Calatrava, se refugia en su celda de un metro cuadrado para purgar los pecados que cree le manchan. No estaba. Punto. Y eso quiere decir que todo estaba cerrado. Ni claustro, ni retablo, ni cerámicas, ni imágenes, ni custodias, ni aras, ni nada de nada. No estaba. Que más de cincuenta coches hubieran subido hasta allí. Que media docena de peregrinos en bicicleta se hubieran dejado el alma escalando hasta los 1.112 metros del monte más alto de Badajoz, deberían servir de acicate, de “empresa divina”, de sortilegio mágico, de justificación mundana para que el ermitaño se sirviera servir a quien no le parece que le sirva si no es para tentarle con los más ignominiosos y abominables pecados de la grey humana. Lo mismo es que el ermitaño es una carpa trasuntada en hombre y cuando el sol aprieta se baja hasta el embalse a propalar entre los peces la palabra de “su” dios.

Siento ponerme estupendo; pero no puedo evitarlo. No me da la gana evitarlo. El guía y el ermitaño son un hatajo de ganapanes a los que suele justificar el calor que hace a estas horas en estas

4. Un iconostasio es un biombo con puertas, que se adorna con imágenes pintadas, y que se coloca en las iglesias (se colocaba) delante del altar para ocultar al sacerdote durante la consagración. En las iglesias griegas (ortodoxas) se sigue haciendo. En vez de biombo también se puede hacer de material de construcción, como es el caso que nos ocupa.

5. Aunque en esta ocasión no puede ver el interior del Monasterio, si tuvo ocasión de hacerlo meses después con una excursión organizada por la Casa Regional de Extremadura en Getafe.



tierras de la Virgen de Tentudía para no hacer lo que es su obligación: estar, aunque sea a deshora. Porque eligieron ser guía y ermitaño. Y que conste que le tengo total respeto al hecho de ser tales cosas, porque son opciones e historias de vida tan admirables y nobles como ser torero o albañil. Si es que, insisto, uno ha decidido serlo. Si no es así, porque las circunstancias han "obligado" a serlo, retiro lo dicho; pero si es algo asumido no retiro ni una coma, ni un solo epíteto, ni un solo cargo, ni una supuesta exageración, ni un solo dislate, ni un solo exabrupto, ni un solo desmán verbal, ni un solo aserto.

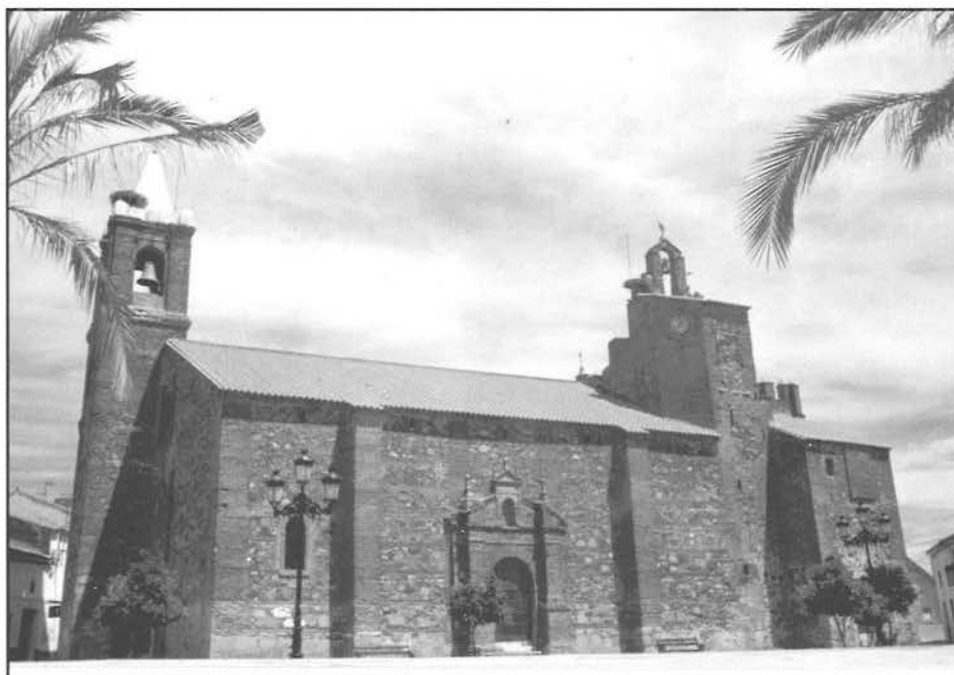
Sin perder el buen humor que nos caracteriza a mí primo y a quien suscribe (Primitiva sólo tenía una alternativa al amén, que era el "así sea"), nos volvimos a CALERA y descendimos a MONESTERIO por la carreterilla que bordea el embalse de Tentudía. No es un embalse grande: cinco millones de metros cúbicos; pero el ser pequeño no le quita encanto alguno, más bien al contrario. Esto me hace pensar que en vez de obras mastodónticas, faraónicas, de las que ponen un ¡oh! de idiotéz en la cara, que alimentan el ego personal de quien la dispone y a veces el ego colectivo de quien la consiente (aunque esto es lo menos habitual), que en vez de supermacromegaembalses que sirven para magnas recepciones oficiales el día de su inauguración, salir en "los papeles", en la televisión y en los demás medios de "agobiocomunicación" y que luego quedan olvidadas hasta que revientan por donde nunca se presumió que pudiera ocurrir y el anterior ¡oh! de idiotéz se convierte en un ¡oh! de incredulidad mezclado con un ¡mierda! de impotencia anunciada, no estaría de más que se nos metiera en la sesera que "lo bueno si breve, dos veces bueno". Y con los embalses esta máxima también vale. Pequeños embalses sabiamente comunicados, que no desmejoren el paisaje, que resultan atractivos por ser tan recoletos y así salpicando toda la geografía, serían beneficio para todos y no mal para casi todos. Se trata de ser capaces de dominar lo que somos capaces de construir. Ese es uno de los grandes y graves problemas del ser humano. Construir por construir. Cambiar por cambiar. Hacer por hacer. Y no pensar nunca en las consecuencias.

Pero es que para pensar en las consecuencias de algo hay que tener capacidad de proyección. Intuir lo que puede ocurrir. Eso es lo que nos diferencia de los animales: nuestra capacidad de hacer analogías, de interpretar, de prever, de anteceder a lo supuestamente inevitable. Si no somos capaces de eso es que no tenemos mucho más tiempo de pervivencia en este planeta y terminará echándonos de sí. Como el camino; quien lo invade termina fuera; quien lo desaprovecha se aburre; quien lo reta, pierde; quien lo malinterpreta termina cociéndose en su propia soberbia.

En el embalse se citan pescadores que intentan seducir con sus cebos a unas corpulentas y resabiadas carpas; pero aún sabiéndolo, insisten. Seguramente porque teniendo en cuenta, de forma ale-

atoria, la cantidad de veces que echan el anzuelo a las calmas aguas y cuántas veces, haciéndolo, alguna pica, llegan a la conclusión de que merece la pena venirse hasta aquí, echar la mañana, tragarse el sol, soportar el tedio, que el sol te abraze y que no tengas la sensación de estar perdiendo el tiempo. Todo lo contrario. Estás rentabilizándolo haciendo aquello que no solamente te gusta, sino que, al tiempo, le estás echando un pulso al azar. ¿Quién da más?

En el hostel Puerta del Sol monesteriense nos dieron más, pues allí recalamos para dar cumplida cuenta de todo aquello que se nos vino al gusto. Allí fueron los platillos de chacina, de jamón ibérico, de solomillitos y de gorrininos en agraz. Todo regado con vino de la "Virgen de Tentudía", como reza la carátula, dándonos una higa no haber visto el retablo mayor del Monasterio y sólo haberlo podido ver por fuera porque al ermitaño prófugo no se le hace que uno lo visite por dentro, no sea que lo gaste o bien porque tenga la impresión de que alguien quiere quitarle el puesto o, más bien, la sinecura. Rematamos con más de lo mismo, o casi, en el



*Iglesia Parroquial de San Pedro Apóstol (Siglo XVI), en MONESTERIO*

hotel Moya, que es lugar de obligado acudimiento para quien esté en trance de cambiar de oficio o de dieta alimenticia, que puede ser la misma cosa según vengan dadas.

En tal sitio me dejaron los inmejorables palafreneros y en las cercanías del mismo, o sea, en "mis aposentos de la indismayable Cruz Roja de MONESTERIO" (puedo dar fe de ello y acojona saber que "sólo" son voluntarios, como cabe suponer que lo son el guía y el guardés dichosos; pero creyéndoselo éstos de forma interesada o, simplemente, es que adoptan tal pose), me eché una siesta de canónigo, cosa que no hacía desde que me empezaron a salir canas en la barba, esto es, anteaer. Nunca he digerido bien las siestas. Me saca de quicio pensar que he estado perdiendo el tiempo durmiendo y por eso me busco algo que hacer para no sufrirlas. Pero hoy fui condescendiente conmigo, como si fuera una forma de quererme.

Así y todo, cuando el sol había dejado de apretar los cuerpos

sensibles contra las sombras de los aleros, de los parasoles, de las fachadas o de las copas de los árboles convertidos en doseles, me eché a la calle de nuevo. Para mí que algún monesteriense empieza a tomarme como foráneo que acaba de encontrar vivienda en MONESTERIO, como si estuviera "sentando los reales", que se dice. No sería mal sitio. Decir que uno vive en la "ciudad del jamón" tiene usía; pero aún sabiendo que con la prevista carretera de circunvalación van a decrecer hasta niveles insospechados, impensables, los decibelios que amasa este enclave puente entre la sierra y el llano o la campiña, no me veo en MONESTERIO. Hay algo, y que me perdonen sus habitantes, de sentirse forastero, como de irse uno en cualquier momento, como de transición, como de interregno, como de pausa "lo más corta posible" en todo su entorno, contorno y entretela. Hay algo que te atrae y te rechaza a un tiempo. Como si fuera un sitio para quedarse mientras tomas energías para irte. Como un sitio a caballo entre no se sabe dónde y donde no se sabe si está y al final optas por no buscarlo y te vas a un sitio distinto.

Aún me queda algo más que contar del día de hoy. No es un hecho, es una sensación, una de esas cosas que se le ocurren al caminante y que eleva a categoría por todo cuanto ve. Me refiero, aunque acaso haga cábalas sin fundamento, al color de los hitos que caracterizan este tránsito por MONESTERIO: San Pedro Apóstol, la Conventual santiaguista y el Monasterio de Tentudía. Los tres son grises. Premeditadamente grises. Los tres parecen for-

talezas y no templos para la oración o el darse la vuelta al ánimo como un calcetín. Acaso es porque MONESTERIO, como antes expresaba, es un sitio de transición, de paso. O fronterizo. Pero sus monumentos más relevantes son grises. Francisco de Zurbarán me apasiona porque nunca se habla de él. El gris no es bien visto en un país en el que todo es blanco o negro, de colorines como mucho; pero gris casi nunca. Y el gris hace pensar, sobre todo en que nada es lo que parece, y eso molesta. Siempre ha molestado el sí es no es. El vengo pero me voy. El bajo pero subo. El irme quedándome. Hay que estar preparado para el estar sin ser y para el ser sin estar. Gris es el color de la duda y en España la duda se entiende como falta de compromiso, como algo que no es fiable. Como el borde la traición, de la felonía. "Contra mí o conmigo", decimos y según se nos responda por los adláteres, acólitos o supuestos amigos, obramos, tomamos determinaciones, nos comprometemos.

En los lugares de frontera hay siempre algo irreal. Debe ser nuestro propio miedo a no poder ser nunca sino es en función de quien nos agrede, se nos enfrenta, se nos opone o, simplemente, no piensa igual que nosotros. *VÍA DE LA PLATA*



*Embalse de TENTUDÍA, camino de CALERA DE LEÓN*



## De Monesterio a Fuente de Cantos (vi)

22 km. / Total recorrido: 132 km.

**E** tramo entre *MONESTERIO* y *FUENTE DE CANTOS* es más duro de lo que parece cuando se observa su transcurso desde el cerro del Monasterio de Tentudía. Allí estás lo suficientemente alto como para verlo igual de fácil que un águila real. Pero desde la altura de la personal estatura todo cambia. Ni para malo ni para bueno, sólo cambia.

Eché a andar con el sol asomando por la ranura del horizonte. Que las sábanas se enredaron, vamos, aunque no las hubiera o que mi cabeza no estaba para ruidos, tanto me da. El caso es que ya era de día cuando comencé a andar hacia *FUENTE DE CANTOS*. Tengo que reconocer que me sentía mosqueado conmigo mismo por haber empezado tan tarde. Eran las ocho de la mañana y ya hacía un calor endiablado; pero no era la solanera lo que me molestaba, sino mi falta de disciplina. Y eso que había oído sonar mi despertador, pero o mucho ingerí anoche (en sólido y en líquido) o es que me apoltroné en aras de mi mayor y más detestable vagancia. Se estaba a gusto en la cama de los "coloraos" pero no tanto como para que la molicie me impidiera salir a la hora fijada.

Hasta que no rebasé el desvío a *CALERA DE LEÓN* no empecé a encontrarme comprensivo con esta gandulería que a veces me invade como un mal virus. En el pilón que queda al otro lado del curso del arroyo de la Dehesa, pleno de agua infecta, una verdadera cloaca en un entorno que merecería mejor trato, se pueden ver las marcas que, siguiéndolas, llevan al rompecalcetines hasta *CALERA* sin tocar asfalto, como pude comprobar ayer. Esto es lo que desconocen la mayoría de los jóvenes monesterienses, porque ellos van por carretera con sus motos pedorreras (alguna vi el día de marras). "Lo de ir por el camino es cosa de gente de ciudad, que están hartos de todo". Este, más o menos, es el parecer de buena parte de la juventud de extracción

rural que detesta vivir en el campo, en los pueblos y que considera la ciudad paradigma de riqueza y medro personal. Sí, esta mañana estoy repajoleramente crítico con casi todo lo que veo e intuyo. Estoy hecho un asquito.

Entre la Casa de Mortanchero y Casa Rufino, dos alquerías, transcurre la senda que en breve cruza la carreterilla que une *CALERA* con *MONTEMOLÍN* atravesándola 630 en el paraje de Las Tejoneras. Se prosigue por las cercanías del cortijo del Chaparral

del Hospital y en el lugar conocido como Las Cabras se pasa, casi sin solución de continuidad, de los bosques de encinas milenarias a las retamas, a la vegetación rala, al camino polvoriento, las rastrojeras y a la sombra que, como mucho, pueda dar una espiga de centeno o de trigo. Es La Campiña. Un erial amarillento en esta época del año. Ni un árbol cercano al camino en kilómetros. Y el peregrino lo siente y padece porque eso es lo que ahora toca. Aunque tampoco es cuestión de ser masoquista. Para evitar estos rigores climáticos lo que hay que hacer es levantarse temprano y comenzar a andar cuando al sol aún le queda un buen rato para asomar, porque con la primera claridad ya



Arco de *CALERA DE LEÓN*, al fondo el monte y el Monasterio de *TENTUDÍA*

sirve para seguir el camino. Y eso sí, también tener la previsión de marcarse un tramo de no más de cinco leguas, hasta el pueblo o villa que coincida aproximadamente con esa distancia; con lo que no más tarde de la una o una y media del mediodía ya tiene uno cumplida la jornada y podrá, seguidamente, ponerse bajo techado.

Una ducha, de caliente a fría para animar la circulación de la sangre y refrescar la reseca piel y a recorrer lo principal del lugar.

Por entre El Cañuelo y Las Caballeras y luego por El Cerrillo, los tonos parduzcos se intercalan con el predominante amarillo de las rastrojeras y sólo de vez en cuando un rodal de apretujada verdura, con chopos y negrillos, (cuando me voy acercando al arroyo Bodión Chico, hermano menor del Bodión represado en Tentudía), alegra la vista y sirve de acicate al viajero. Ese curso de agua es el único que tiene líquido elemento todo el año merced a los manantiales que desde la sierra tentudiana le surten. En una pequeña umbría aledaña, cercada de juncos, busco lenitivo contra el sofión canicular y entablo una convencional charla con un pescador, molesto porque los peces no pican. "Está el agua demasiado clara". "Claro, y le ven echar el sedal y el cebo y dicen, a otro perro con ese hueso", pensé, porque me pareció una tontería que porque le vieran no picaran. Aunque el pescador se reafirmó: "Y si me ven, no pican. Además, no deben tener hambre". Esta última razón me pareció plausible, más que la otra; aunque puede que las dos sean factibles. El calor no me dejaba pensar con claridad, y la resaca.

Me despedí del frustrado pescador y aligeré el paso hasta el aparentemente cercano pueblo; pero la verdad es que desde el arroyo antedicho aún quedan alrededor de ocho kilómetros. Y cuesta arriba siguiendo la traza de la Cañada Real Leonesa Occidental, proveniente del Oeste de Sierra Morena.

Llegado a FUENTE DE CANTOS lo primero fue buscar acomodo, facilitándomelo la Policía local en el puesto de Protección Civil, que está al pie mismo de la 630; pero sus gruesas paredes alivian del insistente zumbido de la circulación. Además, el lugar tiene todo lo que es necesario, incluido frigorífico y televisor, aunque esto último no tiene para mí relevancia alguna. Me parece mucho más interesante charlar con el paisanaje fuentecanteño (aunque los pueblos de alrededor les llaman "pepineros", como los de Getafe llaman a los de Leganés), lo cual por aquí sólo puede ser a primera hora de la mañana o por la noche, pues entremedias sólo hablan las piedras, que el personal está en la sacrosanta siesta.

Comí opíparamente y por cuatro mil reales en el restaurante El Gato (donde también cené y hasta me invitaron a una copita para "coger mejor el sueño", decía el regente del comedor) y a la caída de la tarde visité la iglesia parroquial de Nuestra Señora de la Granada, el Convento de los Carmelitas, del siglo XVII, la casa museo de Francisco Zurbarán y la ermita de Nuestra Señora de la Hermosa (siglo XVIII), que hace honor a su nombre porque es preciosa, de un blanco refulgente, muy alta para ser una simple ermita y cargada de sabor extremeño-andaluz.

La localidad fuentecanteña (o "pepinera") formaba parte de la Encomienda de Montemolín, perteneciente a la ubicua Orden santiaguera. Acaso por ello es el templo parroquial lo más expresivo de este enclave que fue testigo de los cruentos enfrentamientos entre el Señor de Feria y el Maestre de la orden durante la segunda mitad del siglo XV. ¿Motivo?. La necesidad de contar con el poder que el otro tenía, y eso va en las dos direcciones; pero lo

importante no es que ambos se las "tuvieran tiesas", sino que por mor de tales enfrentamientos se dio pie a que determinadas construcciones se reconvirtieran en baluartes defensivos con vocación - no siempre materializada - de inexpugnables, como es el caso de la iglesia parroquial de CALZADILLA DE LOS BARROS o de esta misma, aunque no de forma tan acusada. Por eso, cuando se mira a ésta de la Virgen de la Granada, sobre todo a su torre, que aparece almenada, tiene el caminante la sensación de estar más cerca de ser fortaleza que templo de oración. La iglesia de



Monasterio de TENTUDÍA

Portomarín, en el Camino francés, viene a ser el paradigma de esta forma de construir un tanto castrense.

Aunque el conjunto del templo es de estilo barroco, los pórticos laterales (lo cual es otra curiosidad) son de estilo renacentista; pero lo que más llama la atención (en su interior) es el retablo mayor. Tiene dos cuerpos, el inferior altísimo, con cinco calles; pero el superior tiene forma de cascarón y su trabajo me pareció digno de una creatividad bien tortuosa por la complicación de toda su traza. En la hornacina central está la imagen de la Virgen de la Granada.

También es de referir que aunque aquí nació Zurbarán, no se conserva en toda la localidad muestra alguna de su innegable arte y talento, aunque parece fuera de duda que desde aquí alguna obra se le encargó. Sólo el asiento de su nacimiento en el libro de bautismos, patentiza su procedencia fuentecanteña, un 7 de Noviembre de 1598, aparte de la casa-museo en la que nació.

Llegó la noche y una oronda luna se enseñoreó del cielo convirtiéndolo en terciopelo. Con la misma suavidad quedé dormido arrullado por la música lejana proveniente del ferial del pueblo; no es para menos: hoy es fiesta en FUENTE DE CANTOS, que viene a ser algo así como "Manantial de Arrullos".

# De Fuente de Cantos a Calzadilla de los Barros (vii)

6,5 km. / Total recorrido: 138,5 km.

El tramo entre FUENTE DE CANTOS y CALZADILLA DE LOS BARROS, en un principio, estaba inserto en un recorrido más largo, con final en ZAFRA. Pero tenía idea de que un pueblo que se llama CALZADILLA ha de incorporar algunos vestigios de acrisolada pertenencia a la Vía de la Plata y al Camino de Santiago. Además, el lema publicitario del lugar es "Pueblo amigo". Así que decidí hacer este tramo corto para poder ver con detenimiento la localidad y sentir en verdad que estaba en un "pueblo amigo".

El toro de Osborne<sup>1</sup> es el punto de referencia para que el caminante sepa que aunque las soleadas tierras de labor de las que sólo destaca su extensión - hasta más allá donde la vista alcanza - es lo único que verá en leguas, son también la antecala de un pueblín encantador por el que se puede pasar sin sentirlo, si es que no se tienen expectantes los sentidos que, aún con el agobio solar, deben estar a punto para esponjarse de lo que ve.

CALZADILLA DE LOS BARROS - que antes se llamaba DE

LOS ROMANOS - podría llamarse también DE LAS FUENTES, aunque la mayoría estén secas en la época estival. Tantas tiene que hay señalizada una ruta interior que las visita todas y cada una, incorporando un cartelillo al lado de las mismas que explica la historia y función de tales manantiales. Ya desde la entrada al pueblo - por el llano camino que traigo desde FUENTE y que recorre los parajes de San Antonio, La Pretona y los Llanos de ZAFRA, atravesando los arroyos del Villar y Manantíos, siempre paralelo a la 630 - un enorme cartelón indicador hecho en cerámica, cuenta lo principal, y a fe que es mucho, que contiene la pequeña villa calcedillera: la casa natal de Antonio Rodríguez Moñino, el llamado "Príncipe de los Bibliófilos", pues no en vano almacenaba en su casa de CALZADILLA más de 15.000 volúmenes que donó a la Real Academia Española; la ermita de La Encarnación (siglo XVI), que es la única que queda en pie de las cuatro que hubo repartidas por el pueblo; la antigua Casa de la Encomienda, de la que en verdad sólo queda una torre; un pilón enorme que se llama Fuente del Pilar, que data del siglo XVII, aunque yo la vi tan seca como un erial y, sobre todo, la iglesia parroquial de El Salvador<sup>2</sup>.

1. Pocas cosas hechas por el ser humano para sustentar una campaña publicitaria, pueden llegar a convertirse en símbolo absolutamente aceptado, tanto que basta el horizonte nacional no sería igual, no tendría el mismo empaque, no seduciría tanto, no nos haría sentirnos tan de aquí, no nos haría imaginar tantas cosas; en suma, sin tal símbolo no sabría cualquiera que está en España, sea nativo o foráneo, sin ese perfil lleno de fuerza, de carácter que es el toro de Osborne, y que en tiempos anunciaba el coñac Veterano; basta un referéndum tuvo que haber para decidir si se quitaban o no tales hitos paradigmáticos de la geografía nacional cuando se prohibió cualquier anuncio en carreteras para no despistar al personal que va en vehículos de motor. Es más, el despiste podría sobrevenir si se quitaran de donde están:

*"Lucha toro, es tu derecho,  
no dejes que te acobarden,  
tú tienes, toro, más sangre,  
tú tienes, toro, más pecho".*

Primero iba ese terceto y luego, el recordatorio:

*"Veterano, el toro".*

Dicho todo con esa voz varonil de Francisco Rabal o de Sancho Gracia, hacía que el españolito de a pie pidiera coñac Veterano, aunque fuera para desayunar. ¡Vaya si tenía y tiene fuerza el dichoso toro de nuestras lomas y ribazos!

También hay otro anuncio no menos emblemático: el del vino Tío Pepe. Es una botella de vino fino andaluz que se "viste" con una chaquetilla corta de color rojo, tocada con un sombrero de ala ancha. Aún quedan ejemplares de este espléndido anuncio en alguna pradería o en algún otero. El lema era: "Fino Tío Pepe, sol de España embotellado". De sombreroazo.

2. La iglesia de El Salvador es monumento histórico-artístico desde 1982. Pero porque lo diga un Decreto, no iba a ser más cierto que lo que se siente a la vista de su imponente mole, es sorpresa y perplejidad porque está construida al revés que otros templos de la zona, esto es, los contrafuertes son de ladrillo mientras que los sillares graníticos se han utilizado sólo para el interior, sobre todo en las bóvedas. Antes tenía tres naves, pero ahora es una sola nave con cinco gradas forradas de azulejos. El ábside tiene esa impronta militar que ya se ha visto en la parroquial de FUENTE, pues está almenado a lo largo de su contorno poligonal. Pero para mí que lo que tiene mayor valor estético es el retablo mayor, obra de Antón de Madrid, uno de los mayores artistas de ZAFRA, que es como decir de todo el cuadrante suroccidental. Es uno de los pocos ejemplares góticos que quedan en Extremadura, aunque yo lo definiría como tardomedieval. Está compuesto de tres cuerpos, con tres calles en los dos laterales y cinco en el principal. Hay un total de 28 tablas con temas de la vida de Cristo-Salvador. Enfrente de la iglesia está la casa, bueno, los restos de la que fuera sede de la Encomienda de la Orden de Santiago, que aún conserva una de sus torres.

Pero después de concretar mi alojamiento en el Albergue Juvenil con el bueno del policía local, José, que parece ser quien más manda en el pueblo, vamos, que parece el Encomendero Mayor porque del Alcalde ni noticia, aunque procuré verle pero sus muchas ocupaciones parecían impedirselo, me dediqué a visitar buena parte de las fuentes y fuentecillas de CALZADILLA porque me pareció mucho más interesante que el resto de los monumentos, ya que tales fuentes tienen más relación con el sentir popular inmediato, sobre todo en un sitio donde el agua no abunda o parece que no abunda, bien que sólo se trata de saber buscar y mirar. Ya en la zona donde se ubica el Albergue Juvenil (instalación que dista un par de kilómetros del casco urbano; pero que está muy bien dotada) llamóme la atención el notable lago artificial que dota de frescor a una zona de secarral donde sólo canta la chicharra si no hace demasiado calor, que si así es, ni asoma. Eso propició que "investigara" este asunto tan curioso y chocante de las fuentes. Son un par de leguas de caminata; pero como llegué tan temprano y los bares no iban a abrir hasta bien pasado el mediodía, según me avisó el corpulento José, después de la pertinente ducha y siguiendo el itinerario que me había apuntado el urbano, relajé el paso, me toqué de un sombrerillo de paja que encontré en el albergue y que me quedaba como hecho a medida y allá fui, buscando las pequeñas y grandes historias de las fuentes y manantiales de CALZADILLA.

La verdad es que hay para todos los gustos y lo bueno es que todas son historias que la gente del pueblo conoce, porque el retablo de la iglesia parroquial lo admiran, pero no conocen en profundidad su gestación y su simbolismo; lo de la Encomienda lo saben sólo los estudiosos de la materia santiaguera; pero lo de las fuentes es historia viva. Alrededor de cuatro horas fueron las que empleé en el trayecto en jornada de mañana y tarde, ya con el sol ocultándose, para escuchar al agua que cuenta historias, que susurra, que canta, que sugiere, que ríe y que llora.

La primera fuente está a la vera del lugar en que me acomodé y la llaman de las Palmas o los Porretos; pero más que el nombre importa su función, ya que está en las inmediacio-

nes de la calzada romana que da solera a esta Vía de la Plata, y se puede uno imaginar lo que sería para el caminante de hace más de 2.000 años, encontrarse de repente con tal manantial yendo abrasado por el sol extremeño (lusitano, en aquel entonces), vamos, que en cueros vivos (en porreta picada) me lo figuro dándose aguas en donde a cuento viniera o fuera necesario. Ya acercándome al pueblo, a la derecha, está la de la Pilita, que suele manar agua todo el año y que es donde las calzadilleras han lavado la ropa propia y de sus deudos durante generaciones. Cincuenta metros más abajo de ésta, o poco más, está la de la Plaza, la del mentidero del pueblo, pues las plazas mayores de nuestros pueblos y ciudades han sido y siguen siendo los mentideros, máxime en este país donde se vive, en,



*La Conventual Santiaguista en CALERA DE LEÓN*

con, contra, desde, ante, de, entre, hacia, para, por, según, (difícilmente "sin"), so, sobre y tras la calle. Tiene razón el cartelillo allí instalado: "fuente habitada". Nadie vive en ella, pero sería difícil vivir sin ella porque es la que hace las funciones de lugar de encuentro, la que concita la presencia en su derredor de buena parte de los vecinos y de los transeúntes. No hace falta preguntar dónde está la gente. En la fuente. La de historias, ciertas e inventadas, que se habrán contado haciendo acompañamiento o contrapunto a su borboteo amigo. Por detrás de la iglesia parroquial, donde está el increíble retablo gótico-mudéjar realizado por Antón de Madrid, y de camino al hostel de Los Rodríguez<sup>3</sup>, se encuentra el desproporcionado

*3. En este establecimiento es en donde peor fui atendido en todo el camino mozárabe y más caro cobraron al rompecalcetines por una comida que no cuesta más allá de cuatro mil reales - aquí me cobraron nueve mil doscientos reales, que guardo la factura -, muy poco profesionales y para nada sensibles con quien no sea "conocido", y encima están al pie mismo de la 630, que es la que da y la que quita.*



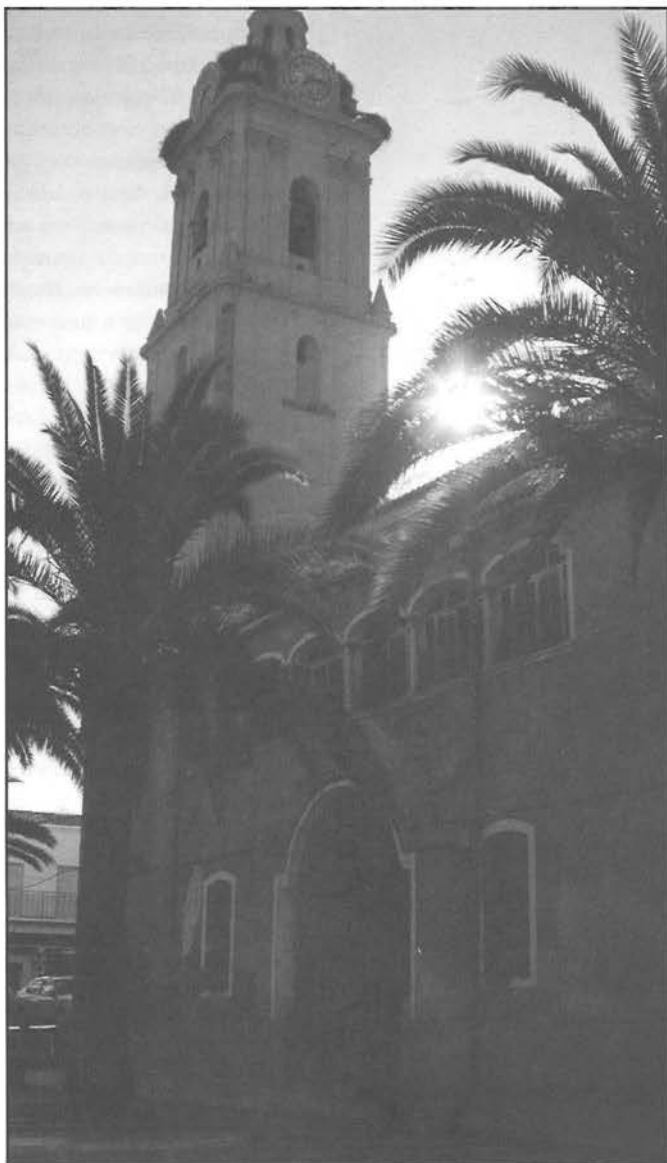
*Ermita de Ntra. Sra. de la Hermosa (Siglo XVIII) en FUENTE DE CANTOS*

pilón que se conoce como Fuente del Pilar, hecha en granito (siglo XVII) y como decía antes, seca y los pequeños charquitos que aún sobrevivían, llenos de verdín y mugre. Para ser monumento local debería estar mucho más cuidada para que por sí misma hablara de cómo son los calzadilleros. Luego, en dirección a Matanegra, un poco más allá de la báscula municipal, bajo una peña, está la de la Peñuela, que servía (y aún sigue haciéndolo) para aplacar la sed de los excursionistas que hasta aquí venían para darle un oreo al cuerpo. Y a dos kiló-

metros de ésta se hallan las de Arroyo Hondo y la de los Escalones que, como en el caso anterior, hacían lo propio con la sed eterna de los labradores y pastores. Pero en todo el término municipal hay innumerables fuentes y cada una tiene su propia historia y todas juntas conforman la de CALZADILLA ¿DE LAS FUENTES?. Siempre pueden cambiar el nombre, pues ya lo hicieron cuando se llamaba DE LOS ROMANOS.

Por cierto, los romanos ya conocían y, parece ser, habitaban este término de la Tierra de Barros (con tanta agua...), como lo atestiguan algunos restos arqueológicos encontrados dentro del término municipal. Y hasta parece ser que cuando algún historiador romano hablaba de un lugar llamado "Contributa Julia", estaba refiriéndose a la actual CALZADILLA, bien que sea posible que no estuviera entonces en el lugar que hoy ocupa. Es más, lo mismo Contributa Julia era tan sólo (o nada menos) una de esas bellas villas romanas habitadas por una familia, criados y esclavos que illo tempore, salpicaban estos lares. Claro, que entonces debía haber mucha más vegetación en estado salvaje que ahora, que todo está sometido al influjo omnímodo del ser

humano, haciendo que el entorno fuera más templado y no tan radical o extremado como ahora, pues según me cuentan en el bar Rosales algunos tertulianos, en el invierno aquí hace un frío que pela. Es más, en la Sierra de Tentudía, bien cercana, se suele ver un capirote blanco en el cerro sobre el que se alza el Monasterio, y no porque sea alto (1.108 metros), sino porque en verdad hace mucho frío.



*Iglesia Parroquial Ntra. Sra. de la Granada  
en FUENTE DE CANTOS*

Reconquista espolearon a las tropas cristianas, con Fernando III el Santo a la cabeza, y llegó el turno del reparto de tierras a quienes estaban ayudando en tan "noble y sacrosanta empresa". En aquel entonces, la inmensa mayoría de la gente trabajaba, como ahora, bien en el campo (casi todos) o en las pocas ciudades que iban aglutinando a los desheredados de la fortuna; pero toda esa gente no tenía el poder, ni siquiera de decidir sobre sus vidas. Estas pertenecían a los señores, así como sus haciendas, y puesto que los señores feudales no trabajaban (se hubiera considerado deshonoroso) porque ya lo hacían otros y por obligación desde el mismo día de su nacimiento, deberían aburrirse soberanamente. Así que hartos de pelearse entre ellos por esa tierra, aquel lindero, este bosque, ese castillo o aquella moza, o simplemente por creer su honor en entredicho, idearon esto de la Reconquista: nuevas tierras, más poder para el primero que llegara; pero había que hacerlo con el beneplácito de la todopoderosa Iglesia de Roma por la vía de su sucursal en España, y nada mejor que invertir de Cruzada (que era lo que estaba de moda entonces para hacer turismo, aunque de forma un tanto sanguinaria, caótica, disparatada e interesada) lo que tengo para mí que era una simple apropiación de tierras manu militari, cuando se descubrió que ya no había más tierras que repartir.

Los grandes beneficiados de este nuevo acto de piratería sacrosanta, una vez que se echó de estos lares a los mudéjares (que llevaban aquí cerca de quinientos años y que para los efectos eran tan españoles como el mismísimo rey o el Cid Campeador), mozárabes, sarracenos, marroquíes, agarenos todos; pero también a los híbridos nacidos después de tantos años en pacífica convivencia, esta forma de colonialismo interior repartió dividendos y, como decía, los más beneficiados fueron los que más apoyaron (vulgo: pasaron a cuchillo) el nuevo estado de cosas, a saber: la Orden de Santiago, heredera espiritual, en parte, y económica, en su totalidad, de la Orden del Temple, también previamente juzgada, desprestigiada, erradicada y ejecutada. La Orden y su Maestre, el de "Santa María, detén tu día", don Pelayo Pérez Correa, recibió los terrenos comprendidos entre las llamadas "cinco villas hermanas": CALZADILLA DE LOS BARROS, FUENTE DE CANTOS, MONESTERIO (las tres en plena Vía Mozárabe, pues no hay que perderse de vista el prurito caminero de la Orden, ya que por utilizar esa vía para el transporte de mercancías había que pagar su correspondiente canon), Medina de las Torres (a unos diez kilómetros de CALZADILLA, por el carreterín que lleva al recinto de ocio y tiempo libre donde está el Albergue Juvenil) y Montemolin (cerca de FUENTE DE CANTOS).

A partir de ese momento, como antes decía, se acabó la tranquilidad. No sólo se echó a los agarenos, sino que tanto los que quedaron como conversos o reciclados como los nuevos colonizadores, tuvieron que salir también de aquí para ayudar a las múltiples empresas de armas que sufragaba la Orden, con la vista puesta en lo material y en lo espiritual (por ese orden, también). Y la campaña de Granada era una inmejorable ocasión para incrementar el patrimonio, así que algún calcedillense vio cómo Boabdil lloraba por su marcha de la inigualable Granada.

En fin, todas estas cosas hicieron que la localidad DE LAS FUENTES (me gusta más que lo de LOS BARROS) tuviera y tenga tan estrecha y evidente relación con la Vía de la Plata y con el Camino de Santiago y que sea un lugar de obligada visita, y a poder ser, estancia, para cualquiera que por aquí ande. Como es el caso presente.

Una luna roja sangre asomó por el horizonte presagiando una noche más que calurosa, tórrida, como así fue, hasta el punto que tuve que dormir fuera del Albergue, en el porche, para aprovecharme de la somera brisilla que de cuando en vez movía parsimoniosamente las ramas de las cercanas encinas. Los grillos arrullaron mi sueño, aunque estuvieron a punto de desvelarme; pero el cansancio del día pudo con todo.





## De Calzadilla de los Barros a Zafra (viii)

19 km. / Total recorrido: 157,5 km.

Entre CALZADILLA DE LOS BARROS y ZAFRA hay cerca de cuatro leguas que transcurren entre campos de cereales, de vides y alguna nueva plantación de olivos. ¿Sombras?. La de mi mano sobre la frente para mirar el altísimo vuelo de los milanos. Me levanto temprano y temprano empiezo a caminar, sin haber salido aún el sol. Es el mejor momento. El aire viene fresco, si es que sopla, y parece que te fuera limpiando los pulmones como un deshollinador una chimenea. Puedes acelerar el paso, aunque sea subiendo alguna cuesta y notas que la respiración toma el ritmo de tu zancada de forma automática, las piernas se tensan como una ballesta y te impulsan hacia delante como un dardo, bueno, como si fueras un relé, como el martillo pilón de la fragua de Compludo, en la antesala del Valle del Silencio leonés. A las dos horas de llevar este ritmo, notas que el sol va intentando pausarlo, o al menos crearte la sensación de que vas a cámara lenta. En la siguiente media hora piensas que habrá que parar aunque sean diez minutos para tomar resuello, porque estás transpirando como un caballo de tiro arando un pedregal, y la siguiente media hora la utilizas para pensar en dónde parar. Ese es el problema. ¿En mitad del camino, con lo que está cayendo?. ¿Bajo un zarzal que te sale al paso, o bajo una escuálida retama?. No hay sitio donde hacerlo para poder refrescar, con una sombra, la nuca y la sesera. Empiezas a obsesionarte. ¿Y si me acercara hasta aquella solitaria encina o hacia aquel rodalillo de olivos?. Pero te das cuenta que tales árboles están más lejos de lo que presumes, y aprietas el paso nuevamente por ver si tras de aquel altozano cambia el paisaje y encuentras el sombrero que buscas. Rebasas el altozano y lo que ves es más de lo mismo; pero ahora el sol está más alto y te acaba de declarar la guerra. Vas para tres horas y media andando y te dices "bueno, el siguiente pueblo tiene que estar ahí mismo", y alargas el cuello como una jirafa y frunces el entrecejo forzando la vista, escudriñando la línea del horizonte - plano como el desierto de Mojave (EE.UU) o, sin ir tan lejos, la paramera de Santa Quiteria en Getafe, Madrid - para comprobar que no se te ha pasado el cimborrio de un iglesia, o el techo de una casa de labranza, o de un silo, y buscas los cables del tendido eléctrico por ver si su dirección converge con el camino que llevas, lo cual te indicaría la inmediatez de un sitio poblado. Y entonces lo ves. Sí. Es un campanario, y está cerca. Claro, es que es de esos pueblos que no se dejan ver hasta el último momento, que aparecen de súbito, como por arte de magia, como si lo hubiera traído hasta ti algún genio de la lámpara de Aladino. Ese sí que es un cuento bonito, que además lees en la edición de los "Cuentos de Calleja", con aquellas páginas tan sobadas de tantas veces como lo habías leído, y por eso cuando tu madre te pillaba en una mentira, te decía que

"tienes más cuentos que Calleja", y volvías a pensar en Aladino, la lámpara y que si la tuvieras aquí sólo le pedirías una cosa: "¡quiero un pueblo ahí delante, ya! ¡Con bares, tascas y una fuente, y sombra, sólo un poco de sombra!". Y ya ves casi todo el pueblo, sus casas y, si te fijas, sus gentes; ya estás ahí. Ha funcionado lo de recordar el cuento de Aladino, sobre todo porque no has pensado más en la sed, en la inexistencia de sombra, ni en el calor que hace que te pegues a la tierra como un jodido alacrán. Y entonces, en mitad de tu alegría compruebas que sí, que el pueblo está ahí, pero que el camino se alarga. ¿Cómo es eso?. Sí, se alarga porque acabas de entrar en un camino de concentración parcelaria. ¡Ay, amigo!. Esto ya es peor. No, el pueblo no ha aparecido delante de ti y en una cercanía inmediata, como por ensalmo, como le ocurre al pueblo de Hontanas, en Burgos, que si te descuidas te das contra él de bruces después de un camino tan desolado como éste. El pueblo ha aparecido porque antes o después tenía que ocurrir, y nadie te lo ha acercado. Más bien eres tú el que tienes que acercarte a él por muy cerca-lejos que lo veas. Y es que los caminos de concentración parcelaria es lo que tienen, que te hacen verlo todo cerca porque están hechos siguiendo la dirección de una bala: sin una sola curva. Pero no acercan, alejan. Si lo sabré yo. Y como se incrementa su anchura para que quepan dos tractores, qué digo, dos cosechadoras a la vez, se han llevado por delante los pocos o muchos árboles que pudieran haber en las cunetas. Y cuando eso ocurre, cuando todo se aleja casi definitivamente y te crees condenado a tener que seguir andando eternamente sobre una cinta sin fin, por lo tanto, a andar sin moverte del sitio, es cuando te conviertes en el genio de la lámpara de Aladino, en un "efrit" de "Las mil y una noches", porque aprietas los dientes, tensas hasta el restalle los gemelos y el tendón de Aquiles, hinchas el pecho con una aire hecho flama, aprietas el varal y haces que la campanilla que pende del macuto marque paso de carga. Y entonces sí. Entonces sí que el pueblo se acerca a pasos agigantados y crees que planeas como un milano en vez de andar, porque tus zapatazos en la gravilla suelta del camino de concentración parcelaria son en realidad un batir de alas y el camino una pista de despegue. Y ya no hay quien te pare. Ni el sol ni quien lo fundó. Todo eso pasó en este desnudo tramo que, partiendo de CALZADILLA, avanza sobre un camino que en principio va en paralelo a la 630, atraviesa el arroyo Molinillo y el sitio conocido como Los Cuarteros hasta casi "besar" la carretera nacional en el punto kilométrico 693. Aquí da un rotundo giro hacia el Noroeste para, ahora, ir en paralelo al arroyo Atarja hasta rebasarlo poco antes del caserío de Pelagallos y así continuar por la llamada Colada<sup>1</sup> de FUENTE DE CANTOS hasta llegar al pueblo de los zorros.

1. Entre otras acepciones, "colada" es también una faja de terreno por donde puede transitar el ganado para ir de unos pastos a otros, bien por campos libres, adobados o eriales, o bien por campos de propiedad particular; pero siempre después de haberse levantado las cosechas. Buena parte de esta pista es lo que se ha convertido en camino de concentración parcelaria.

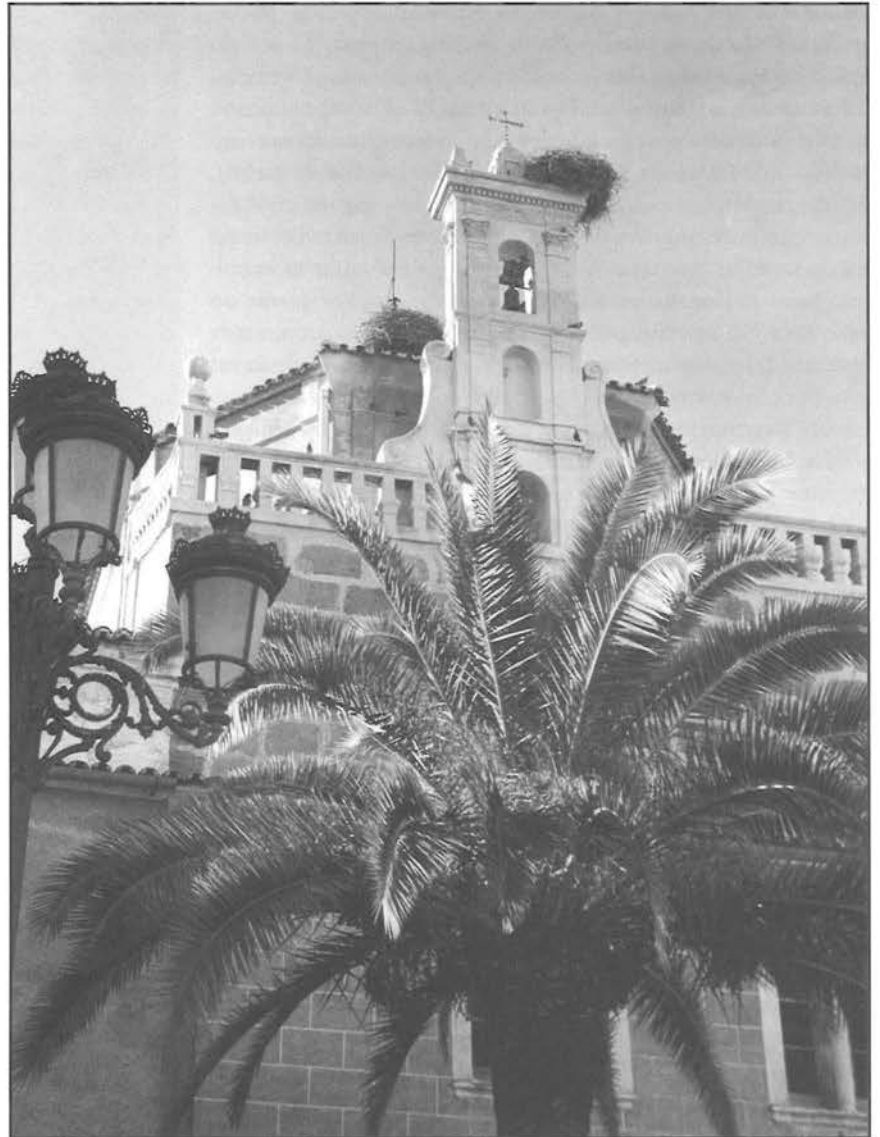
Antes de lo que he tardado en escribir esto, me encontraba en plena plaza mayor de PUEBLA DE SANCHO PÉREZ<sup>2</sup> y si no seguí "volando" hasta ZAFRA es porque encontré un tascón abierto, y con ello: sombra, alivio a la sed y aire acondicionado, bueno, más bien ventiladores en todas las paredes, pareciendo que un vendaval se hubiera levantado en el interior del bar.

A partir de aquí fue pan comido, porque ZAFRA está tan cerca que parece PUEBLA un barrio de la villa segedense o segedana, que no encontré yo mucho acuerdo sobre el particular. Si acaso, lo que más largo se hace es el camino de la estación que te lleva hasta el centro mismo de ZAFRA. Recorre la zona industrial y el agobio de coches, camiones, furgonetas y ruidos que salen de las fábricas puede hacerse casi insufrible, o sin casi.

Me pareció ZAFRA una ciudad preciosa, no en vano está declarada Monumento Histórico Artístico desde 1965; por ello me pareció no ya chocante, sino demostrativo de la poca capacidad de seducción o de las nulas ganas de promoción por parte de las autoridades municipales, el enviar a los peregrinos a las afueras del casco urbano, al recinto ferial, a la quinta puñeta y aunque en ZAFRA no hay distancias (nada está lejos), el caminante no puede evitar el tener cierta sensación de abandono, de obligado y sorprendente exilio. Y para colmo, cuando llegas al recinto ferial, que es un conglomerado enorme un tanto amorfo, destartado, que sólo funciona a pleno rendimiento un par de semanas al año (con motivo de la archiconocida e importante feria de ganado de San Miguel, en Septiembre) y que entiendes que sus gastos de mantenimiento deben ser superlativos - como así ocurría y así acabó la populista "Feria del Campo", que se celebraba en Madrid cuando al régimen franquista le daba la vena autárquica y patrioterista - te encuentras con que el supuesto albergue de peregrinos, nunça refugio porque el peregrino no es un refugiado ni ha de refugiarse de otra cosa que no sea de la memez, la estulticia, la ineptitud y la falta de sensibilidad para comprender la naturalidad (siempre enemiga de lo aparente o lo superfluo), no tiene lo esencial.

Aparte de ser un cuartucho inmundo, con desconchados en las paredes, lleno de telarañas y no sé si chinches en los vetustos colchones, con los cristales de las ventanas rotos y nubes de

mosquitos trompeteros que te saludan como a un desconocido recién llegado, esto es, a rejonazo limpio, digo, aparte de todo esto y como si no fuera suficiente la afrenta: no tiene ducha. Ni fría ni caliente. No hay ducha. Un lavabo y un inodoro dentro de un cuarto de no más de tres metros cuadrados. Si quieres ducharte, bueno, lavarte, has de hacerlo por partes tomando el agua del lavabo (en realidad, una pileta que no pasa de ser un lavamanos o un aguamanil), ora la cara, ora el pecho, ora los brazos, ora el cuello, ora el culo y, por fin, las piernas metien-



*Detalle de la espadaña de Ntra. Sra. de la Granada  
en FUENTE DE CANTOS*

do el pie en el aguamanil en una postura poco edificante, elevando la pierna hasta el metro y medio, porque ni en eso han sido generosos o perspicaces, porque no creo que el común de los segedanos, aunque todos se midan por el pie de rey del señor Alcalde, tenga de 1'80 metros para arriba.

*2. Llegar tan aperreado a PUEBLA y con tantas ganas de rendir etapa en ZAFRA, provocó que no estuviera mucho tiempo en esta villa; pero sí el suficiente como para enterarme y saber que perteneció a la Orden de Santiago y que en varios inmuebles aún se pueden contemplar los blasones de grandes familias que aquí moraron, o que la iglesia parroquial bajo la advocación de Santa Lucía, es del siglo XVI y está realizada a partir de otra, mudéjar, de la que aún restan la mampostería y la filigrana de ladrillos, y que a sus habitantes se les llama zorros; pero no he conseguido saber el por qué de ese apodo tan particular. Lo mismo se lo pregunté a un enemigo. Ya me vale.*

De verdad que comprendo que el ganado, la cabaña nacional, es un bien que hay que cuidar y promocionar; pero que con los animales se tengan más miramientos aquí una vez al año que con el peregrino en cualquier momento del año, me encrespa, me saca de quicio, vulgo, de malísima leche me pone. Porque los animales no tengo muy claro que vayan a hacer publicidad entre sus congéneres de lo bien que les tratan en la antigua Restituta Julia Imperial porque son sus dueños quienes deciden; pero el caminante sí que cuenta dónde ha estado a

y aunque tampoco fuera esa la razón de caminar, somos silentes emisarios de lo que en cada sitio vemos, entendemos y padecemos; por lo tanto, un "pelín" de buen hacer y de sensibilidad no vendría mal.

Bueno, pues ésta es la cosa. Que no sé por qué al que anda todo se le vuelven cruces. Se me hace que algún que otro edificio señero tiene ZAFRA que está a punto de venirse abajo por pura desidia. Los presupuestos de la Comunidad europea contemplan la posibilidad de dotar de medios a determinadas obras para remodelación y recuperación en función de su significado histórico; pero si además es para dotarlo de infraestructuras que potencien el mantenimiento de actividades culturales, el presupuesto está asegurado. Porque la Unión Europea sigue una máxima, la razón sigue una máxima en esto de la habitabilidad: sólo se sostiene aquello que se habita. Además, si no viene tanta gente por la Vía Mozárabe como la que va por el Camino Francés no es tanto porque éste sea más conocido, sino porque tiene dotaciones superiores, incuestionablemente superiores. Y no vale decir que el Camino Francés es el más antiguo y por eso tiene tantos medios y visitantes. El camino más antiguo, el más importante de la geografía nacional, el más largo, el que tiene más cosas que ver, el que más arte distinto atesora, el que más influencia ejerció en todos los órdenes hasta que a alguien se le ocurrió lo de "Santiago y Compostela", lo cual fue un aldabonazo publicitario tan importante como las Cruzadas a Tierra Santa, es la Vía de la Plata, es el camino mozárabe, es el Camino del Oeste, y no porque vaya a Santiago de Compostela que, insisto, es lo que menos relevancia tiene, sino porque siempre estuvo aquí. Desde que geológicamente se asentaron las montañas, las mesetas, los collados y las depresiones orogénicas, y desde que hay seres vivos en el planeta: unos que comen hierba o ramas y otros que se comen a los vegetarianos.



Iglesia Parroquial de El Salvador en CALZADILLA DE LOS BARROS

otros caminantes, a otras personas, a otros ciudadanos, y de lo que cuenta y cómo lo cuenta, los demás sacan sus conclusiones. Y claro, en la confesión se lleva la penitencia. Los peregrinos somos gente de paso, sí; pero no es gente que "pase" de lo que en derredor tiene. El peregrino no suele llevar la bolsa llena, sino más bien, flaca; pero desde que se inventó la tarjeta dineraria de plástico, puede campar por sus respetos allá donde esté y nadie sabe quién es ni a qué se dedica, sólo es un caminante; pero un respeto, un tono, una circunstancia y un saber estar. No somos pordioseros ni hacemos turismo en plan pobre. Sobre todo porque no hacemos turismo. Buscamos un mayor conocimiento, algunos peregrinos, de lo que nos hace ser como somos

hombros o la queja a toro pasado es el pronunciamiento o el talante, es lógico que se piense que nunca se pudo llegar a tan poco teniendo tanto, o que Extremadura es extrema y dura, que a los extremeños les falta un hervor o que nada se puede sacar de donde no hay. Y los de aquí, para no ser menos, también justificarán su desajuste: es que no pintamos nada, se olvidan de nosotros siempre. Joder, piense usted algo, no se olvide de usted mismo. Sea lo que siempre ha sido: tierra de descubridores, y de gente lista e inteligente y dé importancia a lo que tiene dando importancia también a los que le visitan. Bueno, pues ya está, ya me he desahogado. No del todo, pero sí bastante.

Si ZAFRA quiere ser algo más, hagan promoción de lo que tienen dentro de su casco histórico y que la gente, venga de donde venga y como venga, se quede en el centro, y no la mande al patético recinto ferial. Aquello es para el ganado y cuando toque, no para quitarse de encima a visitantes que no se sabe, increíble, qué hacer con ellos.

Aún con el cabreo colgando de la sotabarba y de algún sitio más, visité a la mejor hora - la de la siesta, para así no tener ningún segedano con responsabilidades públicas que soportara mi diatriba, ni yo sus infantiles justificaciones - el encantador núcleo histórico de ZAFRA, que podría ser mucho más si "los de la yema" quisieran o tuvieran la capacidad que, lógicamente, no demuestran. Pero no voy a contar todo lo que atesora esta ciudad pues ya hay guías que lo relatan y algún apunte queda hecho en este cuaderno de lo que entiendo más esencial de su casi inacabable muestrario. Me gustaría relajar el ánimo y explicar qué es lo que siente el caminante cuando transita por el intrincado diseño árabe de esta ciudad, que lo es desde que Alfonso XII se lo concediera a finales del siglo XIX.

Otro Alfonso, el IX, llamado el Justiciero, y de quien hablaré más adelante, fue quien conquistó la villa de ZAFRA en 1229, pero en breve volvió a manos de los árabes hasta que Fernando III el Santo la reconquistara definitivamente en 1241; pero la villa siempre fue islámica, al menos en su conformación urbanística y yo creo que hasta en la concepción de la vida por sus gentes: su tranquilidad, su hospitalidad, el sin sentir del paso del tiempo en su "plaza chica" u observando la solitaria torre de San Francisco, ya en las afueras<sup>3</sup>.

Es una ciudad amable con el caminante porque las calles buscan la sombra. Es lo que tienen las calles con diseño árabe. Están diseñadas de tal manera que "burlan" al sol, para lo cual no hay nada mejor que juntar las fachadas de cada calle, y siempre trazando curvas y "eses", puro arabesco urbanístico. Así, puede que te dé el sol en este lado de la calle, pero a los diez metros ya tienes sombra; que luego vuelve a entrar el sol, no hay problema: diez metros más y sombra de nuevo. En suma, que las calles acerquen amén de transitarlas, no que alejen y pasemos por ellas como si fuéramos a recoger el primer premio de la lotería o porque nos persigue la Inquisición o el Maestre de la Orden de Santiago por no haber pagado la alcábala de día de mercado.

Seguidamente está el suelo de las calles. No hay asfalto, prohibido. Sobre el asfalto no se pasea, se circula (los coches, claro) y a poder ser, ligero. El asfalto no está hecho para andar sobre él ni para pararse en él. Siempre recordaré la paradigmática película para televisión (aún en blanco y negro) de Narciso Ibáñez Serrador titulada precisamente así: "El asfalto", y el desasosiego, el suspense, la compasión, la rabia, la indignación, la comprensión, la ineptitud y la mezquindad, pequeñas gotas de cada una de esas dimensiones y sensaciones humanas, anidando en nuestros corazones y restallando en nuestras conciencias

por la tragicómica y espeluznante agonía y muerte por absorción del asfalto de un jubilado con una pierna enyesada, por el que nada ni nadie puede evitar su desaparición, atrapado en la trampa de la "hormiga león". El asfalto es ideal para los vehículos, no para los viandantes, por ello ZAFRA ha utilizado en la mayor parte de su casco histórico losetas y adoquines de granito desbastados y aún mejor dispuestos para ayudar al deambuleo sin meta fija, sólo por el gusto de mirar y ver al paso.

Luego están los olores. No es lo mismo pasear por donde huele bien o a nada en especial que por donde huele a cloaca o a vertedero. Así que hay calles donde huele a azahar, en otras a rosas y claveles, en esa otra a tortilla de patata con cebolla, más allá a pescado frito y en la esquina a calamares fritos y en una calle sin salida, a ropa recién lavada y tendida. En una plaza, a pan recién hecho y en otra cercana a pasteles y bolleería fina.

La circulación también hay que tenerla en cuenta para pasear por una ciudad monumental o que pretende serlo: está prohibida la circulación rodada. Se salvan los residentes y si es para aparcar por alguna cuestión de reparto de mercancías, en donde corresponda y sólo en los lugares habilitados al efecto. Eso hace que el caminante pueda ir de aquí para allá sin hacer cuenta de posibles sustos, ni olores a tubos de escape, ni ruidos de motos, ni tenerse que encaramar a la enrejada de alguna ventana para evitar ser incorporado a la pared de la fachada que sea como un cartel, que siempre servirá para avisar a otros, "por aquí no pase, peligro de laminado". Además, así se evita el deterioro de pavimentos y aceras, porque hasta que eso ocurra por mor del roce de suelas, tacones y cantoneras, es posible que para entonces las ranas críen pelo o se clonen Figos y Rivaldos a cascaporrillo para rebajar el precio del mercado futbolero.

Y por último, que hay buena información sobre lo que vemos o visitamos. Ni poca ni mucha, la suficiente. Esas placas de metacrilato atornilladas a las fachadas, que como son transparentes no emborronan ni parecen apósitos, y máxime en estas paredes enjalbegadas como si fuera nieve del Mulhacén, vienen que ni pintadas para ofrecer esa breve, concisa pero pertinente información que tanto se echa de menos en nuestras ciudades más egregias, con más carga histórica que, como siempre, queda representado en lo que el ser humano construye con su sabiduría y su habilidad. CALZADILLA DE LOS BARROS es una buena muestra de cómo se puede informar al foráneo con exactitud y sin desmejorar (más bien al contrario, porque hasta da entidad a algo que por sí mismo no parece relevante) el entorno. Su notable cantidad de fuentes, verbigracia, pasaría desapercibida si no fuera por esa concisa y precisa información en un sobrio panel que cuenta lo esencial, dejando a la imaginación del observador la facundia de lo observado.

Pues todo eso tiene ZAFRA, mas seguro que también todo es mejorable. Como por ejemplo, no hacer obras en el casco histórico en pleno verano, que es cuando se intuye (y evidencia) mayor

**3. Hasta su nombre es árabe, ZAFAR o SAJRA; pero no creo que provenga del segundo vocablo, que significa "lugar escarpado" porque la villa está en un extenso valle entre las sierras de Castellar y San Cristóbal; más bien provendría del primer vocablo, que significa adornar o bormosear. Y ZAFRA es una bonita ciudad.**

afluencia de visitantes. Y precisamente en una de las dos plazas más representativas de la ciudad segedana y para mí tengo que de las más bellas y sugerentes de toda Extremadura, al menos las más entrañables: la plaza Chica y la Grande. Y ambas se comunican, pero no de cualquier forma. Hasta en eso son peculiares e irrepetibles. Son dos espacios cuadrangulares unidos por una de sus esquinas. Ese punto de unión resulta ser el hilo conductor que lleva al caminante desde los siglos XV al XVIII sin solución de continuidad, pues los estilos arquitectónicos de una y otra plaza se suceden bajo la sombra de los claustros aportados que las circundan, y además el doble arco que vuelca el aire de una en la otra, se sostiene en una corta columna que tiene grabado en su fuste la justa longitud de la "vara" con la que se medían algunas mercancías en los mercados de ZAFRA (telas y cordajes, sobre todo). Ese es el célebre "arquillo del pan", puerta de entrada y salida para trasladarnos a los siglos antedichos observando las casas que se asoman a este doble espacio de encuentro, repletas de escudos y balconajes, de ventanas mudéjares y moriscas.

La "Sajra Abi Hassán" que ponderaba el geógrafo hispano musulmán Al-Bakri, fue siempre lugar fronterizo, que yo creo que unió más que separó, como cuando se levantó por los romanos como lugar de descanso en el largo y duro camino entre Hispalis y Emérita Augusta por ser, más o menos, el punto medio entre las dos ciudades más importantes de la Lusitania, o cuando propició acuerdos entre los reinos taifas de Badajoz y de SEVILLA. Acaso por todo ello, su feria de ganado y agrícola alcanzó notoriedad (y la sigue teniendo), o más bien fue su ubicación limítrofe la que propició las ferias de ganado como tierra de nadie, en donde podía encontrarse un mínimo de tranquilidad entre tanta guerra y enfrentamiento a lo largo de los siglos, tensiones a las que puso término Fernando III el Santo en 1241, incorporándola al reino de LEÓN, cosa que ya intentó con antelación, pero sin evidente éxito, el rey leonés Alfonso IX, padre del anterior y abuelo de Alfonso X el Sabio. Ya sólo por eso un rey debería pasar a la historia con más reconocimiento del que el Justiciero (como también le llamaban) tiene; porque el padre y el abuelo de dos adalides tan carismáticos como lo fueron el Santo y el Sabio fue bastante más que un simple ascendiente directo de ambos.

En el libro de bitácora de todas y cada una de las rutas que he hecho hasta la fecha (y ya son cerca de veinte años en esta práctica caminera que ha terminado por ser vital en mi propia singladura personal) hay siempre alguna incursión histórica, aunque procurando hacerla de una forma poco afectada, a poder ser en clave de humor. No sé si éste será el caso; pero las vidas de los reyes,



*Iglesia Parroquial de El Salvador en CALZADILLA DE LOS BARROS*

por ejemplo y en general, y de los españoles en concreto, son muchas veces más cercanas a la hilaridad - sobre todo por la prosopopeya y grandilocuencia que emplean algunos historiadores para hacer exégesis de los mismos - o a la ironía o a la mediocridad - por muy dorada que pueda ser - que a la épica y no digamos ya a la epopeya; porque al fin y al cabo, la historia que conocemos, la que nos cuentan, está escrita por los que vencen, sea en el campo de batalla o en intrigas palaciegas, y el vencer propicia la soberbia, la suficiencia y el engreimiento y siempre hubo pesbreros que por unas pocas monedas o una sinecura, ensalzaban (lo siguen haciendo), ponderaban, magnificaban, superlativizaban hasta el paroxismo más patético cualquiera de las acciones del ensalzado por nimia que fuera, haciendo que éste se endiosara y creyera ser tan todopoderoso como todos los dioses del Olimpo juntos. Y mucho de esto hay en las biografías al uso de todos aquellos que han sido regidores de los destinos de este país que llamamos España. Bueno, regidores y otras veces "peleles" de ajenos y oscuros intereses de quienes en verdad gobernaban, se llamasen validos, favoritos, primeros ministros, "manos derechas", lugartenientes, paladines, nobles o secretarios regios. En verdad, una rezongante patulea.

Pues bien, Alfonso IX fue padre y abuelo de un santo y de

un sabio, respectivamente; pero su vida estuvo llena de acciones mucho más importantes (y también algunas chuscas) que esa pura casualidad genética. Por ejemplo, fue el primer rey de LEÓN que reunió unas Cortes españolas (1188) con representantes de la Iglesia, de la nobleza y de las ciudades nada más suceder a su padre, Fernando II, con el fin de verse no sólo ratificado por los seres humanos sobre los que iba a gobernar durante más de cuatro décadas, sino también por saber qué podía esperar de sus súbditos y viceversa, lo cual demuestra un estilo de gobernar atípico con lo que se llevaba por entonces. Sin ir más lejos, en Castilla ya gobernaba por su santa voluntad, desde que tenía 3 años de edad, Alfonso VIII el Noble, primo hermano suyo y que resultó ser su "bestia negra" hasta que murió en Ávila en 1214. Vienen a ser como dos vidas paralelas que alguna vez convergieron y las más de las veces hicieron lo contrario, solventándose las diferencias a mandoble limpio, o sea, en sucesivos baños de sangre. Para tener tiempo para otras cosas de su reino y librarse de los primeros problemas con su primo hermano y otros aliados, como Portugal, firmó la paz aunque reconociéndose su vasallo (el colmo de la pleitesía) y se casó en primeras nupcias (luego vendrían más) con doña Teresa de Portugal, porque los matrimonios de conveniencia es lo que tienen, que convienen cuando se intenta convertir la guerra entre cuerpos de ejército en cuerpos en guerra, dos, en un campo de batalla normalmente más pequeño, la cama, donde también normalmente, pierden ambos.

Pero no se puede ser feliz siempre y menos cuando hay quien se empeña en ser feliz a costa de alguien, como era el caso del rey castellano, que pretendía agrandar los límites de sus posesiones, bien por ampliar sus poderes o bien porque ya no le quedaban más tierras que repartir a sus nobles, siempre tan hambrientos, siempre tan pedigüeños; así que el leonés tuvo que oponerse a tales ansias expansivas buscando aliados, que nunca faltan cuando huelen reparto de pastel o buena pesca si el río baja revuelto. Pero la rebatiña tuvo que esperar porque los almohades - siempre había alguna tribu árabe dispuesta a echar jarros de agua fría cuando se calentaban los ánimos entre los "imposibles cristianos" - amenazaban con tomar Toledo, así que los que se iban a oponer al desborde territorial del castellano se prepararon para hacer lo propio con el agareno. En Alarcos iba a ser la cosa. No existe la ciudad o villa de Alarcos, así que no la busque. Una ermita y un puente sobre el Guadiana es lo único que nos recuerda aquel campo de batalla en el que la "chulería", el engreimiento, una excesiva confianza en sus efectivos o una subestimación del rival (o todo junto) le hizo al castellano entrar en batalla sin aceptar la propuesta de ayuda que le hacía el leonés y sus aliados, obteniendo una contundente derrota de manos del Almanzor almohade Yacub I<sup>4</sup>, quien no sólo le derrotó (1195), sino que también tomó Toledo y

terminó aliándose con el bloque del rey leonés para, entre todos juntos, poner al castellano en su sitio y quitarle de la cabeza sus ansias de expansión. Como digo, nada quedó de Alarcos (parece ser que había un caserío); pero en sus cercanías, durante el reinado del hijo de Alfonso IX se construyó la actual Ciudad Real, que primeramente se llamó Villa Real, en pleno campo de Calatrava, que llegó a ser la capital de la provincia en disputa con la "teatral" Almagro.

Pero el rey leonés no quiso hacer leña del árbol caído - aunque también es cierto que el rey castellano no se dejó amilanar aún teniendo a todos en contra - y aceptó "templar gaitas" con su primo, asumiendo como mal menor volver a contraer nupcias con una hija, la menor, de su pariente, doña Berenguela, en el año 1197. "Pero hombre, si ya estaba casado con la de Portugal", se me dirá. Ya; pero aquel matrimonio de conveniencias del año 1191 con la lusa fue anulado por la Santa Sede por razón de parentesco. Vamos, que vio demasiado a las claras la "conveniencia". Y eso que de tal coyunda había secuelas: dos hijas; pero la Iglesia también obraba a conveniencia y aceptó el cambio de pareja, bien que doña Berenguela era tan familia o más que la otra: hija de su primo hermano sería sobrina-prima (en segundo grado), no reaccionando Roma hasta el año 1203, en que también anuló el segundo casorio; pero para entonces ya había un chaval de 4 años que pasaría a los anales como Fernando III el Santo, con lo que la cosa de los anulamientos quedó en agua de borrajas, que es lo que suele ocurrir con las decisiones a destiempo o a toro pasado, que son puro testimonio de ineptitud y, por lo tanto, obsoletas.

Hasta el año 1206 no hubo más complicaciones entre los primos; pero a partir de ese año volvieron a entrarle al castellano las ganas de resarcirse de la derrota "obtenida" en Alarcos y volvió a presionar a los reinos colindantes contra los árabes. Navarra y Aragón estuvieron a una, pero el leonés se quitó de en medio al no considerar tan inevitable un nuevo enfrentamiento con los almohades, con los que por otro lado, no tenía cuentas pendientes como su primo. Además, en el año 1209 había vuelto a firmar otra paz en Valladolid con él y ninguna gana tenía de volver a las andadas, así que cuando se estaban organizando los preparativos para la definitiva batalla, la de las Navas de Tolosa, dio puerta y dedicóse a gobernar su reino, que no era poco. Incluso hizo oídos sordos al arzobispo de Toledo, don Rodrigo Jiménez de Rada y al mismísimo Papa Inocencio III cuando determinaron que las nuevas acciones a emprender contra los almohades<sup>5</sup>, en concreto contra Abú Abd Alá Muhammad en Nasir - que con ese gracejo que tiene el castellano y el pueblo llano para interpretar los nombres como le vengan en gana, terminó llamándole "Miramamolín" - deberían entenderse como una Cruzada. Alfonso IX, justiciero y ecuánime, dejó que sus

4. El nombre Almasur o Almanzor sólo designa a un caudillo militar que ensarta victorias, como fue el caso del gran ministro de Hixem II, Abu Amir Mubammad, el Almanzor por antonomasia del siglo X del que se hablará largo y tendido en algún capítulo venidero, y este tal Yacub.

5. Los almorávides, tribu norteafricana, a mediados del siglo XI ocuparon el Occidente africano formando un verdadero imperio que incluía la península ibérica, menos los territorios ocupados por el rey Alfonso VI de LEÓN. Pero tanto poder les corrompió (como a otros, antes y después) y otra tribu norteafricana, alimentada por el fanatismo religioso del llamado "Mesías del Islam", Mubammad ben Tumart, se levantó contra los corruptos almorávides y fundaron un nuevo imperio en cuanto tomaron la capital del anterior, Marrakech. También ocuparon la península ibérica, derrotando al rey de Castilla, Alfonso VIII, en Alarcos. Esa tribu es la que conocemos como los almohades.

súbditos hicieran lo que creyeran conveniente y si querían incorporarse a las huestes de Castilla, Navarra y Aragón tenían su permiso para hacerlo. Algunos fueron, otros no; pero para todos quedó claro que Alfonso no iba a estar en las Navas de Tolosa, y como fue una aplastante victoria sobre Miramamolín y sus huestes, los apologistas del rey castellano cargaron las tintas sobre el rey leonés.

Sin ir más lejos. El rey castellano, exultante por la victoria, le escribió al Papa Inocencio III - que se pirraba por las Cruzadas, pues aparte de la proclamada contra los almohades también hizo lo propio contra los albigenses<sup>6</sup> - una carta donde le relataba cómo se había desarrollado la célebre batalla, haciendo hincapié en el recorrido que siguieron las tropas cristianas por Sierra Morena hasta cumbrear en el puerto de Muradal, itinerario que no hubiera sido posible llevar a buen término - cuenta Alfonso - "sin la ayuda providencial de un pastor que guió sus pasos por el lugar más accesible". Bueno, pues los hagiógrafos (los "pesebreros", como yo los llamo) no se pararon en barras, ni sintieron vergüenza en afirmar que el humilde pastor-guía era, nada menos, que San Isidro Labrador, con lo que se pretendía demostrar que hasta la Providencia estaba de parte de esta Cruzada sancionada por el Papa. Cuesta pensar y más aún creer que el santo más holgazán del santoral, pues hasta los ángeles tuvieron que hacer su trabajo arando los campos, se convirtiera en pastor andarín para sacarle las castañas del fuego a castellanos, navarros y aragoneses. Hasta quien crea en tales milagros (como decía el Guerra, torero, "hay gente pa tó") no puede dar crédito a tan cretina y estulta exaltación de una simple, aunque importante, acción guerrera.

Otra cosa hubiera sido si las tropas cristianas hubieran perdido; pero al no ser así, al rey Alfonso IX le dijeron de todo, siendo lo menos duro "amigo de los sarracenos". Lo cierto es que el reino de LEÓN como tal, nunca tuvo especial rechazo hacia los agarenos, fue tolerante hasta el punto que la cultura mozárabe formaba parte del bagaje artístico, arquitectónico, económico y social del reino, al que siempre le preocupó más estar a buenas con todo el mundo que dedicarse a las intrigas o a las beligerancias abiertas, no queriendo decir esto que no guerreara de vez en cuando contra las distintas tribus, que en sucesivas oleadas, fueron instalándose en la península; pero no fue ese su *modus operandi*, en realidad tuvo más enfrentamientos en proporción con los reyes castellanos que con los caudillos árabes.



Plaza Cbica en ZAFRA

6. Los albigenses no eran ninguna tribu. Eran una secta religiosa que armó cierta tremolina entre los siglos XII y XIII. Follón no sólo religioso, sino también político y social. Todo empezó en la Aquitania (Francia) en el año 1122, cuando un tal Pedro de Bruys llegó a la provincia predicando la destrucción de altares e iglesias por considerarlos innecesarios y negando que a los niños hubiera que bautizarlos sin haber llegado éstos a su mayoría de edad. La cosa, en principio, no era para tanto: un iluminado más que en tiempos de crisis plantea un nuevo orden erigiéndose en salvador de la grey humana. Pero los tiempos eran críticos. La Edad Media en Europa, y en concreto los años de los siglos citados, se significaron por ciertas pautas de conducta que condicionaban el progreso y dificultaban la ampliación del conocimiento: al pueblo seguía se manteniendo en la ignorancia y éste estaba dispuesto a creer en cualquier cosa que pudiera subvertir el orden social, fuera por influencia pseudodivina o por la acción de algún visionario convertido en líder político; los nobles defendían a ultranza sus derechos y privilegios por creerlos de otorgamiento celestial; el alto clero se había olvidado de su principal labor: la de ser espejo de austeridad y se había vuelto aún más acomodado, corrupto y soberbio; los reyes, en general, defendían, como los nobles, su serrallo particular y redoblaban sus ambiciones de expansión y asentamiento de límites, y los sucesivos Papas y las órdenes religiosas mendicantes tenían el mismo éxito en sus admoniciones y prédicas que quien clama en el desierto.

Los rebautizados por el tal Pedro de Bruys fueron constituyendo un grupo numeroso que se oponía ferozmente al clero, alimentaba el odio del pueblo hacia los mismos, se oponían al pago de impuestos y condenaban a quienes tenían bienes materiales considerables. El pueblo tomó el partido de los albigenses, llamados así porque en el Concilio de Albi (1176) fue condenada la secta y sus dirigentes. Pero la condena conciliar dio aún más alas a los sectarios y a quienes les apoyaban. La Santa Sede se vio obligada a declararles herejes y como no cesaban en su actitud de enfrentamiento, constituyó un ejército contra los albigenses y sancionó como Cruzada las acciones que se emprendieran contra ellos, otorgando indulgencias plenarias a todos los que participasen en las mismas. Ese ejército tomó Béziers y pasó a cuchillo a más de 60.000 habitantes, llevándose por delante tanto a católicos como herejes, ya que la autoridad eclesiástica dictaminó que "había que matar a todos, que luego Dios los distinguiría en el cielo"; tomó Carasona, donde no fueron tan expeditivos; pero dejaron la ciudad como un solar, y también Tolosa.

El resultado de todo esto es que los albigenses desaparecieron como secta - que no vale confundir con las de los cátaros de Germania, los patarinos de Italia o los búlgaros y los valdenses de Francia (sobre estas sectas se habla más en profundidad en mi libro, ya citado, "Ruta de los Arrieros Maragatos") - y que quienes dirigieron la Cruzada, como Simón de Monfort, se hicieron más ricos y poderosos de lo que ya eran.

Así y todo, a la vuelta de las Navas, el de las ídem - pues con ese sobrenombre también pasó a la historia Alfonso VIII - se mostró magnánimo con su primo hermano y yerno - lo cual también le incorporó el apodo de "el Noble" - y en el año 1213 volvió a firmar otro acuerdo de paz con él. Acto seguido y para lavar su imagen, el leonés conquistó Alcántara, CÁCERES y MÉRIDA; pero con la muerte de su suegro al año siguiente también le entraron ganas de expansionar el reino de LEÓN, al menos recuperar aquellas ciudades y territorios que entendía habían sido arrebatados o invadidos por Castilla; además, el sucesor de su fallecido suegro, Enrique I, que era cuñado suyo al ser hermano de su mujer, doña Berenguela - estos líos de familia son tan increíbles como los de una telenovela, o más, porque éstos sí que son ciertos -, falleció con sólo 13 años y el año 1217 fue nombrada reina de Castilla su mujer, con lo que Alfonso se encontró con el camino expedito para ampliar los límites del reino, bueno, así lo pensó; pero su mujer cedió todos sus derechos al hijo de ambos, Fernando, y en vez de someter a Castilla lo que tuvo que hacer fue firmar un pacto de no agresión con su propio hijo en Toro (ZAMORA) en el año 1218, reconociéndole rey de Castilla, pero no de LEÓN (algún gusto debía darse ya que nada le salía a derechas) pues consideró herederas a las hijas de su primer matrimonio, Sancha y Dulce, y como tales herederas se mantuvieron hasta la muerte de su padre en el año 1230, momento en el que Fernando, el Santo, optó por hacer un buen negocio en vez de tirar por la calle de en medio, o sea, convenció a sus hermanastras de cederle el trono leonés a cambio de una cantidad dineraria en consonancia con la adscripción del nuevo reino al trono castellano. Negocio redondo, desde luego.

Después de la firma de Toro, Alfonso IX se dedicó a expansionar su reino a costa de los árabes y después de ganar la batalla de Alange anexionó Montánchez y Elvas, además de Badajoz. En fin, le quitó trabajo al futuro rey de Castilla y LEÓN, su querido hijo Fernando. Murió en Villanueva de la Sierra (CÁCERES) con casi 60 años de edad y más de 40 años de reinado, lo que en aquellos tiempos de horca y cuchillo, de hambres, pestes y epidemias era estar muy por encima de la media de edad del resto de los mortales. Fue un verdadero superviviente.

Creo que si entendiéramos de forma menos reverencial la vida de determinadas personas, incluidos reyes y reinas, seríamos más capaces de verlos como seres humanos (que es lo que son, estén dotados del poder que sea) y entonces podríamos ver sus actos desde otra perspectiva, desde la normal, desde la humana y hasta se propondrían argumentos y guiones para hacer buenas obras de teatro o de cine, secularizando todo lo que pasa por excelso, absoluto, grandilocuente, pomposo o

mágico, cuando no sobrenatural. Además, también nos entenderíamos mejor a nosotros mismos. Las vidas de todas estas gentes, que a veces nos hacen ver como intocables o cuasisagrados, serían perfectos espejos en donde mirarnos para ser más humildes y menos complacientes, más tolerantes y menos crédulos, más solidarios y menos ambiciosos. Tan humanos como ellos siempre lo fueron, pese a exégetas y apologistas de todo pelaje. Los aduladores nunca supieron ni sabrán contar la historia si no es fabulándola. Creo que lo que importa es ser capaces de escribir nuestra propia historia, precisamente porque somos humanos, demasiado humanos como para dejar que otros congéneres lo hagan por nosotros, aunque digan querernos.

De todas formas, quienes cambiaron la vida de la ZAFRA musulmana no fueron los reyes castellanos o leoneses, al menos directamente. La presencia de los Suárez de Figueroa, condes-duques de Feria desde el año 1394<sup>7</sup>, que es el año en el que fue cedida la villa y su población a la mentada familia por el rey de Castilla, Enrique III el Doliente<sup>8</sup>, sí que cambió la vida de ZAFRA.

Una muestra de la preeminencia de esta familia, más, un símbolo, es la residencia palacial, el Alcázar que hoy es Parador Nacional de Turismo, y la muralla; mas yo creo que el verdadero símbolo es el sempiterno condicionamiento que esta familia provocó en la vida social, política y económica de los segedanos. Pero no hay mal que por bien no venga, así que aunque sea evidente el condicionamiento no lo es menos que gracias a lo aquí construido por los de Feria, el pueblo puede vivir del turismo pasando menos privaciones que cuando tenía que trabajar para estos segundones venidos a más; nobles, sí, pero no más que el pueblo que los mantenían y soportaban.

La muralla fue concluida poco antes de hacer lo propio con el alcázar, que es más casa señorial que castillo, hacia mediados del siglo XV. De sus ocho puertas - de las cuales salían ocho calles que confluían en el centro administrativo y comercial de la villa, la Plaza Chica - se conservan tres: la de Jerez, que se adorna con una airosa espadaña; la del Cubo, que tiene adosada una torre y la del Palacio. La muralla ciñó la ciudad a la residencia palaciega, dando a entender que todo lo que hubiera intramuros era de los de Feria. Casi toda la fábrica es de mampostería, utilizándose los sillares para la portada y los matacanes. Hay nueve torres almenadas y su aspecto ha ido cambiando con los años y por el capricho de sus propietarios; pero hay que reconocer que es una de las construcciones castrenses más importantes de Badajoz. El genial Juan de Herrera trabajó aquí diseñando el bello patio que hoy se puede ver, dándole al conjunto un aspecto, como digo, palaciego y residencial. El patio es

*7. El primer Suárez de Figueroa, de nombre de pila, Lorenzo, fue un hidalgo segundón de origen gallego, de la Torre de Figueroa, cerca de Betanzos (A Coruña) que tuvo que salir de su tierra por ser eso, segundón, con lo que o se dedicaba a la carrera de armas o se metía monje porque el primogénito era quien lo heredaba todo. En el año 1224 es alférez del rey leonés Alfonso IX y con el hijo de éste participa en el sitio de SEVILLA. Este no llegó a ser conde-duque de Feria, aún faltaban cerca de 170 años para que Lorenzo Suárez de Figueroa, Maestre de la orden de Santiago, lo recibiera; pero inició la saga.*

*8. De Enrique III el Doliente se hablará más adelante; pero por ahora baste decir que aunque alguna cosa la hizo bien, como iniciar la expansión castellana por el Mediterráneo o enviar embajadas al Gran Tamerlán, en la lejana China, favoreció en exceso a la nobleza segundona (como es el caso) y menoscabó el poder de las Cortes, lo cual dio en que se elevara el nivel de las intrigas palaciegas y que reinara cierta anarquía en los asuntos del reino.*



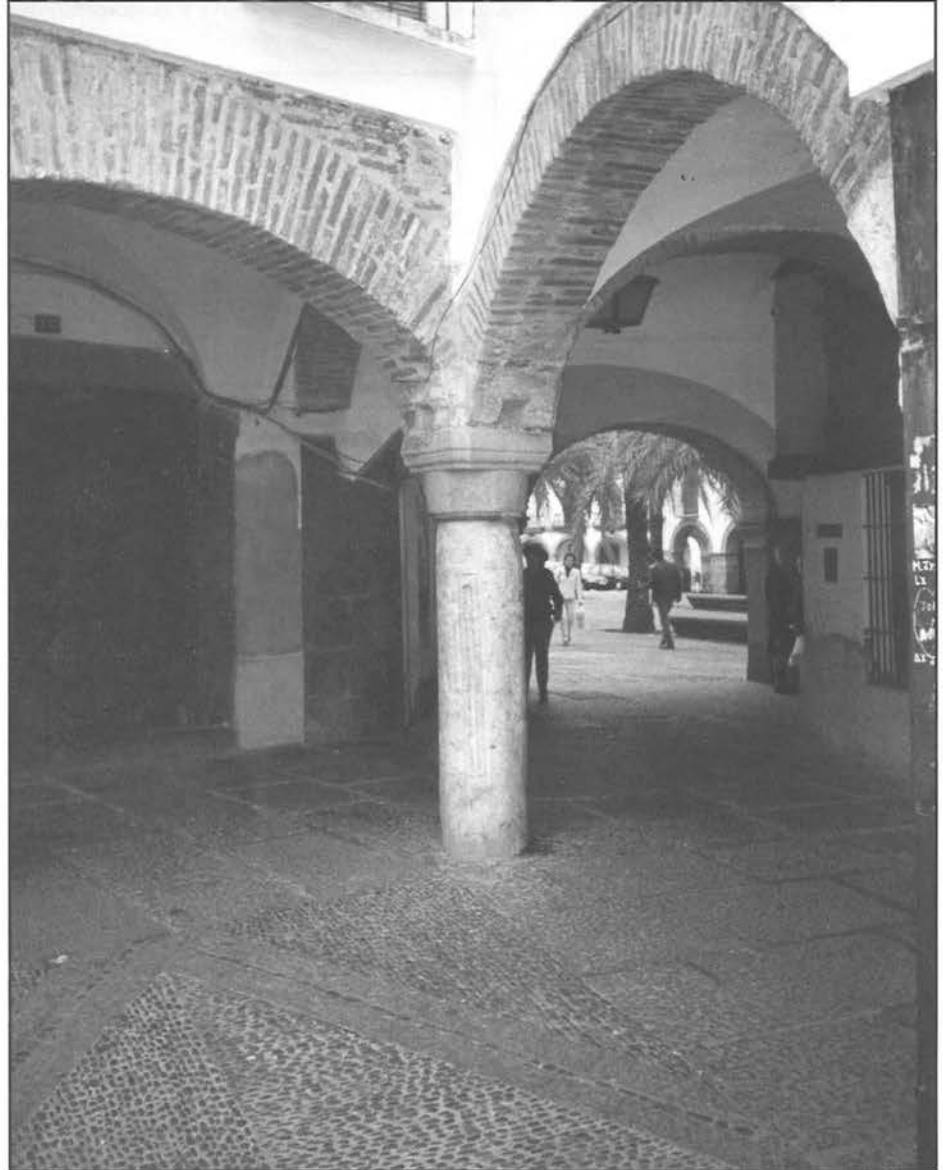
cuadrangular, armónico y con dos niveles de arcos, hecho en piedra blanda. También son dignos de ver los artesonados de la capilla, bello ejemplo del estilo gótico-mudéjar, y de la que llaman la "sala dorada", con decoración también mudéjar.

Fruto también del capricho es el hoy Hospital de Santiago, pues antes de tan abnegada función fue la primera residencia de los Suárez de Figueroa, pero la abandonaron para ir a vivir al mentado Alcázar, aunque eso sí, dejaron muy claro que así hacían para que fuera lugar "de acogimiento de pobres y para el servicio de Dios". De todas formas, hoy sirve de centro de enseñanza y sólo queda de su pasado esplendor la fachada principal, que está hecha en sillería, con pilares góticos que enmarcan un arco carpanel con remate floreado; y luego está el patio, hecho en ladrillo, con dos niveles y ambos con arcos de medio punto.

El tercer conde de Feria, Lorenzo Suárez de Figueroa, fue quien mandó construir la iglesia parroquial de Nuestra Señora de la Candelaria, en la primera mitad del siglo XVI. Desde 1609 hasta 1836 fue Colegiata. Destaca sobre todo su torre, construida en ladrillo la parte superior que es en donde está el doble piso del campanario, siendo la parte inferior de sillería y mampostería. El conjunto del templo resulta voluminoso y más con las construcciones particulares que están adosadas antiestéticamente al mismo. El interior es amplio, con crucero y nave única, así como bóvedas de crucería estrellada entre arcos de medio punto. El precioso retablo de la capilla mayor es del sevillano Blas de Escobar, de mediados del siglo XVII. En él se encuentra la imagen de la virgen bajo cuya advocación está el templo. También es digno de admirar el retablo de la virgen de Valvanera, barroco de corte churrigueresco. Y por fin, el retablo de los Remedios, con pinturas salidas del genio de Francisco Zurbarán, destacando de las diez tablas la que representa la entrega de la casulla a San Ildefonso.

El convento de Santa Clara, en la calle SEVILLA, también se levantó en el siglo XV por obra y gracia de uno de Feria, don Gonzalo y su mujer doña Elvira Laso de Mendoza, cuyos féretros descansan, con lo que de ellos quede, en el coro. El cenobio se divide en dos nada más pasar el umbral de la portada de arco apuntado. La parte que corresponde al convento tiene como elemento más destacable el patio, con arquería de estilo mudéjar, en ladrillo y arcos de medio punto peraltados, apoya-

dos en columnas de mármol de orden compuesto, mezclándose así el mudéjar y el estilo renacentista. La parte que corresponde a la iglesia tiene en su pórtico, al menos para mí, su elemento más importante. Son cuatro arcos de medio punto que descansan sobre pilares toscanos, aunque seguro que habrá a quien le resulten más sugerentes otros elementos, como la bóveda de cañón que cubre la única nave o la capilla dedicada a San José, de principios del siglo XVII. El claustro del convento es un sen-



El "arquillo del pan" y la vara de medir en la Plaza Chica de ZAFRA

cillo patio de ladrillo enlucido con arcadas de medio punto y apuntadas, abundando el yeso y los azulejos, lo que le da un aspecto mudéjar que puede parecerse algo a su aspecto primitivo. Lógicamente, lo habitan clarisas.

El convento de Santa Catalina está datado en el siglo XVI. Lo habitan religiosas dominicas. Lo más destacable es el escandalosamente precioso artesonado mudéjar que cubre la nave y la cabecera de la iglesia. Es un ochavado de doble malla cuadrangular sobrepuesta con lazo de ocho, lo cual es poco corriente en Extremadura, aunque no tanto en otros lugares de la península. La pila bautismal es un capitel hispanovisigodo, donde

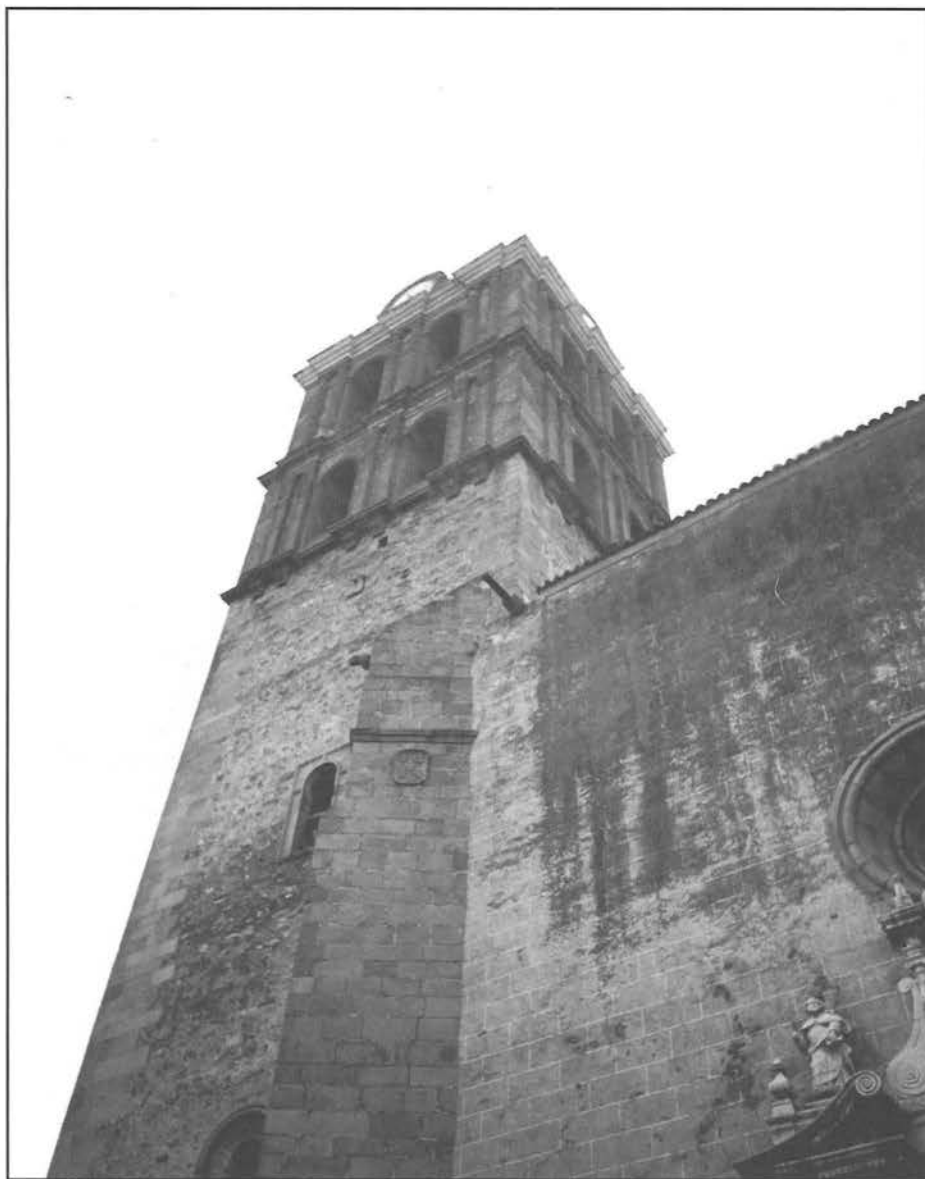
destaca un arco carpanel sobre el que está dibujado el escudo de la Orden, rematándose todo el conjunto con una espadaña barroca con dos cuerpos y tres vanos.

Los de Feria cambiaron la vida de los segedanos y a mí me cambió el sesgo de este tramo una cámara fotográfica. Ya he contado lo esencial de ZAFRA, así que ahora puedo contar lo esencial de este paso. Es una anécdota; pero creo que tiene la suficiente enjundia como para hacerla pública, puesto que ZAFRA tiene mucho que ver en todo ello.

“Houston, tenemos un problema”, es una frase histórica, como también lo es el “Alea jacta est” de Julio César vadeando el Rubicón o cuando el mismo personaje, mirando a los ojos del último que le apuñalaba, Bruto, le espetó “Tú quoque, filii mi?” en las escaleras del Senado, al lado de la estatua de su íntimo enemigo, Pompeyo. Me encantaría tener también una frase histórica, o sea, que me superara en el tiempo, que me trascendiera, que alcanzara un valor universal para definir una acción humana, para subrayar un evento, para categorizar un alarde, para explicar una sinrazón o ahorrar un despiste. Supongo que la frase o el razonamiento paradigmático y ejemplar, la moraleja, se me ocurrirá al final de lo que voy a narrar. Pero empezaré por una, que aún no siendo mía, viene a huevo: “Las fijaciones son malas”. Voy.

Resulta que haciendo unas fotos a la iglesia de El Salvador, justo la que debería contener todo el recio volumen del templo, la cámara fotográfica se rindió. Imposible seguir reteniendo en celuloide la realidad circundante. Cuando algo me incomoda, me arrebato. Sobre todo cuando no lo tengo previsto. Me acelero hasta tal punto que puedo hacer algo inapropiado, excesivo. Ganas me dieron de tirar la cámara contra el enorme muro de la iglesia-fortaleza calzadillense. Pero me contuve. En MÉRIDA arreglé el problema que tenía la cámara; pero entre CALZADILLA DE LOS BARROS y la capital extremeña me fue imposible realizar foto alguna. Así que con posterioridad a este periplo estival, en el otoño, aproveché unos días de vacaciones y me propuse realizar este corto recorrido - entre los dos enclaves mentados - con el único propósito de “inmortalizar” los hitos que me parecieran más emblemáticos en aquel momento. Así como los que a posteriori pudieran llamarme la atención.

La cuestión está en que no llevaba la misma cámara. Llevé otra comprada por su baratura - era una ganga - y porque así obviaba tener que llevar el maletón en que portaba la que me falló en CALZADILLA. Es la típica máquina de fotos para “tontos”: compacta, automática, con motor, casi panorámica. Sólo hay que enfocar y disparar. Las instantáneas salen “de libro”; pero, claro, tú no pones nada, como mucho la perspectiva. No puedes atraer o alejar el objeto o el motivo de tu atención. No es posible alarde alguno. Como digo, sólo la perspectiva y el momento de luz es decisión tuya. Una gaita, claro; pero



*Iglesia Parroquial de Ntra. Sra. de la Candelaria (Siglo XVI) en ZAFRA*

aseguras que lo que ves queda inmortalizado. Bueno, congelado en tu álbum personal. ¡Ah!. Y tiene incorporado un “flash”, un “golpe de luz”, que actúa cuando automáticamente comprueba que es necesaria una ayudita porque la luz natural es escasa.

La idea era llegar a CALZADILLA DE LOS BARROS, lo cual no es tan sencillo en la práctica. Es un pueblo pequeño, cierto; pero lleno de historia como ya he contado, por lo que debería ser cono-

cido, al menos, para el ordenador de la taquilla de información de la Estación Sur de autobuses madrileña. Pues no. Como si lo que no estuviera escrito no existiera, en la pantalla del ordenador no aparecía. Pero el ordenador no "habla" por sí mismo, necesita de alguien que teclee para que "arroje su sabiduría". Y a quien tecle-

comedero, esperaré un autobús de vuelta y así dispongo de toda la tarde para regodearme en un amplísimo paseo por ZAFRA.

Es mucho cuando lo que has previsto sale a pedir de boca, encajando cada cosa con increíble oportunidad, como un rom-



*Residencia Palaciega de los Condes-Duques de Feria en ZAFRA. Hoy Parador Nacional de Turismo*

aba me dirigí cuando vi que ponía cara de lelo: "Es un pueblito de Badajoz". "Entonces pregunte en la taquilla 61, pues hacen los trayectos del Suroeste". En esa taquilla conocían el pueblo referido pero sus autobuses no llegaban ni pasaban por allí. Eso sí, se acercaban bastante. Hasta ZAFRA. Una vez en el terruño de los segedanos, otra empresa de transporte de viajeros se encarga de acercarte más. Hecho. Ya estoy en ZAFRA. Ya he subido al autobús de la empresa que hace tal trayecto. En el billete reza: "De ZAFRA a CALZADILLA DE LOS BARROS. 170 pesetas". El conductor garabatea en el billete. El autobús se pone en marcha. Son quince minutos hasta el lugar por la carretera 630. A la vista del mismo me preparo. Me acerco a la puerta de salida con toda la impedimenta a cuestas: macuto y bordón. Enorme cartelón: "Cooperativa de CALZADILLA". Un poco más allá el restaurante y hotel de los careros Hermanos Rodríguez. Gente en la explanada que permite el aparcamiento de turismo y enormes camiones de tres o más ejes (desconozco si en verdad los hay de más de tres ejes, pero me da igual). Esbozo una sonrisa pensando que por fin podré hacer las fotos que pretendo, luego comeré cualquier cosa en el antedicho

pecabezas en el que sabes cómo y dónde hay que ubicar cada pieza. Es más, hasta me tomaría una cervecita en cuanto bajara del autobús. Bajar. Bajar si para. Como una exhalación pasó el autobús por delante de la explanada, la gente y el hotel-restaurante y yo, como un capullo, mirando por las ventanillas sin poder dar crédito a lo que estaba viendo. "Este tío se pasa. No para. Bueno, acaso es que tiene una parada más adelante". Sí, claro, en FUENTE DE CANTOS. Ya te digo. Recorro rápidamente el pasillo del autobús hasta donde está el conductor. "¡Oiga, ¿y CALZADILLA? ¿Es que no para aquí? Si mi billete dice que me puede llevar a CALZADILLA!". "¡Coño, pues tiene razón!. Pero es que como aquí baja o sube una persona cada tres meses, se me ha olvidado. La falta de costumbre. Perdona". "¿Perdona?", pensé. "Dé la vuelta inmediatamente y déjeme donde estaba previsto", seguí pensando decir; pero me parecía tan tonta la circunstancia, tan insólita que sólo alcancé a decir: "¡Pues vaya un viaje en balde!". Y caí derrotado sobre un asiento. "No se preocupe. En dos horas pasa otro autobús hacia ZAFRA y le puede dejar en ese pueblo. Déjeme el billete para que no tenga

que pagarlo de nuevo, que yo le hago una advertencia al compañero". Le alargué mecánicamente el boleto.

Ya en la estación de autobuses de FUENTE DE CANTOS, el conductor volvió a pedirme disculpas. Se le veía muy "corrido", tan confuso como yo. "De verdad que lo siento, pero es que como casi nunca baja alguien ahí...". "Ya, hombre, ya, no se preocupe. Le entiendo. Pero yo creo que lo mejor es que me acerque andando hasta allí, pues en menos de hora y media puedo llegar y esperar al autobús que usted decía, tal como yo había pensado". "Bueno, como quiera". Creo que quería decirme algo más; pero no di opción. Salí de la estación de autobuses y a paso de carga recorrí la legua que separa FUENTE DE CANTOS de CALZADILLA. "Qué cosas te pasan, Manolo, hijo", me decía yo para no indignarme más de lo que ya estaba. Pero si el tío había visto que en el billete ponía el nombre del pueblo, y hasta le había preguntado por el autobús de vuelta. ¿Cómo podía haberse despistado de tal manera?. Joder, cómo me molesta la ineptitud y la falta de profesionalidad. Pero, bueno, llegaría en un periquete, haría las dichas fotos y a otra cosa, mariposa.

Ya veía el toro de Osborne, ya lo rebasaba, ya veía el pueblín, ya veía la iglesia, ya podía escuchar el borboteo de las fuentes. Ya había llegado. Además, el tiempo acompañaba. Algodonosas nubes, espléndido sol, aire racheado pero no muy fuerte. "Me van a salir unas fotos de trance", pensé. Hora y quince minutos había tardado. "Chaval, estás en forma". Llego a la plaza donde se alza el templo. Busco el mejor encuadre. "Una". Ahora voy a hacer la que no pude hacer en su momento, además, con esta cámara cabrá todo el mogollón de piedra y una buena parte del cielo. "Éste, éste es el encuadre". Genial. Preciosa que va a salir. Vaya, hombre, se acabó el carrete. Menos mal que compré uno antes de salir de Madrid. Bien, rebobinemos el carrete terminado. "Pero leche, qué poco ha tardado en recogerlo. Demasiado poco". Y tanto. Pero la conclusión a la que llegué, por pura intuición, es que se habían acabado las pilas justo en el momento de rebobinar el carrete. Y no había comprado pilas. Sí había comprado

un carrete, como dije antes, pero no compré pilas. "¡Maldita sea mi estampa!. Todo éste follón y, por unas pilas, el viaje no sirve para nada". Poco faltó para que estampase la dichosa máquina contra el suelo. "¡Pero cómo se puede ser tan lerdo?!". La verdad es que el enfado me duró poco, porque la cosa era tan chusca que me dio risa. "Al mal tiempo, buena cara", me dije. Ante la imposibilidad de hacer foto alguna - pregunté en un bar cercano por si daba la casualidad de que tuvieran pilas, pero no tenían - me aposté en la marquesina de los autobuses para esperar al que me llevaría de vuelta a ZAFRA. Allí compraría las pilas y asunto resuelto; ya volvería en otro momento a CALZADILLA.

Debía esperar atento al autobús, no pasara de largo por no hacerle seña alguna, porque como sólo toma aquí el mismo una persona cada tres meses, como dijo el olvidadizo conductor, pues ya estaba cubierto el cupo. Dos paradas en el mismo día era mucho, so pena que fuera la misma persona, como era el caso. A la hora marcada apareció por el cambio de rasante el autobús, hice la pertinente seña (los dos brazos en alto y un par de saltitos, para que no quedara asomo de duda) y en un cuarto de hora ya estaba en la vieja SEGEDA, buscando dónde podrían venderme unas tristes pilas. Pero un 1 de Noviembre es fiesta en buena parte del orbe, incluida ZAFRA.

Bajo los soportales de la plaza Grande hay un tascón de alto mostrador y olor a vino añejo, el suelo lleno de serrín para evitar los resbalones de ebrios y sobrios, pues todos son buenos parroquianos. Entré en él

más por buscar compañía humana y algo de calor porque la tarde se había metido en agua y en frío que traía un aire que soplab a ráfagas y que dejaba aún más limpias las estrechas y serpenteantes calles segedanas. Partido de fútbol en la televisión. Todo el mundo mirando para lo alto, a la embrujante pantalla, así que aproveché la oportunidad, porque los bares, sobre todo los figones antiguos son pequeñas cajas de sorpresas. Tengo yo conocida un montón de gente en tales sitios que luego se han convertido en inapreciables amigos, en artistas de renombre, en toreros de cortijo, en toreros con cortijo - los pri-



Arco de Jerez en ZAFRA

meros van a los cortijos de amigos que dicen serlo para poner algo de sal y pimienta a determinadas recepciones y comidas de amigotes, aunque también los hay de acrisolada lealtad; pero abundan menos; y los segundos, ya se sabe, tienen cortijo, bien que algunos no sepan para qué, pero lo tienen, y otros saben qué es lo que tienen y cómo hacerlo productivo, pero también son los menos -, en escritores famosos, famosillos y famosetes, en críticos de arte bastante criticables (por no decir, impresentables), en ricos, en pobres de pedir, en ascetas, en sibaritas, en arrebatapapas, en cómicos de la legua (y en cómicos a los que es preferible tenerlos a una legua), en mutantes en políticos (que es otra clase de mutantes pero mucho más previsibles porque "viendo el chozo se sabe cómo es el guarda, y viceversa", que decía mi tío Blas y, además, sólo es político quien hace política, no quien vive de ella), en tratantes de ganado, en ganado que no trata con nadie y demás chusma que me ha servido para saber cómo y hasta cuándo debo estar en determinados lugares. "Bares, qué lugares tan gratos para conversar". Pues allí estaba, pensando en cómo solventar la necesidad de pilas.

Después de pedir el primer vino e interesarme por la marcha del partido de fútbol que televisaban, por aquello de "meterme en ambiente", le espeté sin demasiadas esperanzas al cantinero, "¿tendría pilas?". Momentos antes había paseado mi vista por cada estante, anaquel y rincón más o menos inspeccionable desde el sitio que ocupaba tras la elevada barra del mostrador. Son curiosas estas líneas divisorias entre el propietario o encargado del local y camareros - si los hay, pues en estos tascones de reducidas dimensiones; con uno que haya para servir, sobra; y si encima está de "buen año" o su envergadura se lo permite, parece que fuera un muñeco del pim, pam, pum yendo de un lado para otro, como si lo hiciera sobre un raíl - y la parroquia circunstante o abonada - yo era de los primeros, el resto, por las voces que daban y la camaradería que mostraban entre sí y con el tabernero, eran de "los de toda la vida", que algunos parecía que estaban allí desde siempre, o sea, por toda la vida -. Cuanto más altos son los mostradores (hay algunos que llegan hasta la parte superior del pecho, con lo que acodarse en él es sólo posible para los buenos mozos y mozas, mientras el resto, como mucho, sólo puede apoyar las muñecas, como si estuvieran mirando por encima de una valla divisoria de chalets adosados, por ejemplo) más camaradería y rifirrafe hay entre los feligreses y de éstos con quien oficia la misa tabernaria. Cuanto más bajos sean los mostradores, más asepsia, sobre todo por el lado del oficiante, pues se ve hasta el suelo que pisa, cosa nunca vista, y más vale, en las antedichas; y también más insincera o formalmente correcta la relación entre clientes (aquí sí vale darles tal título) y personal a su servicio. Hasta el aviso de que hay un libro de reclamaciones a disposición de quien lo requiera se ve en lugar principal, como en lugar principal también se encuen-

tra en estos entrañables antros el mentado libro, que suele tener forma de tranca, bien hecha de raíz de olivo o de fresno o una simple picha de toro, que también es una clase de raíz, pero más "enrollada", como la vida misma.

Como digo, desde donde estaba no había nada que se pareciera ni remotamente a lo que buscaba, porque tampoco era el lugar, claro. Pero por si acaso, pregunté. "¿Tendría pilas?". "Pero son pequeñas". ¡Joder, tenían, por fin! "Pequeñas las quiero", dije casi atragantándome con un trozo de aceituna machacada que, por cierto, estaban riquísimas. De una caja de galletas decorada con churretones de grasa de la época en que los ejes de las ruedas de los carros se untaban con tal lubricante para que las ruedas cumplieran su cometido sin ruidos y suavemente, para favorecer la acción de los semovientes o animales de carga, que estaba en un estante bajero (el alto mostrador impedía ver desde un determinado rasero), sacó una ristra de pilas envueltas en un celofán que al ser expuesto a la luz por primera vez desde que lo hicieron, se deshizo como si fuera de fino cristal, pero sin ruido, imperceptiblemente; pero así y todo, la ristra (como si fueran salchichas pequeñas) cupo entera en la mano grande como un serón de mi benefactor tabernero-pilero. Cuando compré la máquina "de retratar", como decía mi tío Blas, me avisaron que las pilas debían ser alcalinas. Estas no lo fueron nunca pues debieron ser hechas en tiempos de Volta<sup>9</sup> o, mejor, por no exagerar, al mismo tiempo que el celofán en que las envolvieron para la posteridad. Sólo tenían impreso en su cilíndrico cuerpecillo "1'5 V", lo cual era suficiente para mi necesidad; pero alcalinas no eran, como no fuera tal sustancia o propiedad la costra de herrumbre que coronaba sus bornes. "No sé, eh", le dije al mesonero. "Pues no tengo otras", dijo con cierta pena. Pena que más me pareció por tener que desprenderse de aquellas tatarabuelas de las actuales pilas, que por no poderme servir a pedir de boca.

Ya tenía lo que buscaba, y encontrado en el sitio más insólito. Pedí otro vino (el lugar no valdría mucho, pero el vino estaba de lujo, y baratito: a seis duros el chato) y alojé las herrumbrosas pilas en sus correspondientes huecos dentro del pequeño cuerpo de la "cámara de retratar". Abrí el objetivo. Apreté el obturador. Nada. Aquello no iba de ninguna de las maneras. En fin, los imponderables es lo que tienen, que son imponderables. Pedí otro vino para rebajar la mala leche que me estaba entrando. ¿Sería posible que tuviera que retrasar la hora de salida del día siguiente para ver de arreglar aquel maldito incordio de cámara?. Pues sí. Así fue. Dedicué el resto de la tarde a pasear, a buscar los mejores enfoques posibles para por la mañana no tardarme mucho en hacer las fotografías que pretendía, a buscar otros sitios en los que hubiera pilas, claro, y a recorrer los tascones y bares abiertos, que era lo único que estaba en fun-

*9. Alessandro Volta, Conde de Volta, nació junto al lago Como (Italia) en el año 1745 y llegó a ser miembro de la Royal Society de Londres, del Instituto de Francia y de la Sociedad Italiana, instituciones a las que solamente se accede si se es una lumbrera en cualquier aspecto de la Ciencia, y Volta lo era. Estudió los fenómenos de la electricidad y, entre otros inventos, fue el creador de la pila eléctrica. También a él se debe el descubrimiento de un efecto eléctrico consistente en la diferencia de potencial, que se produce siempre que se ponen en contacto dos metales diferentes, aunque se hallen en estado neutro. Elaboró dos leyes: 1ª.- La fuerza electromotriz de una cadena galvánica depende únicamente de los metales de los extremos, y 2ª.- Si los metales de los extremos son iguales, la fuerza electromotriz es nula. Falleció en Como en el año 1827, con lo que su "arco voltaico" fue completo. Un genio, vamos.*

cionamiento en toda ZAFRA. Cené en el restaurante del hotel en que me alojaba y “con cuarenta grados a la sombra, o sea, con una pítima regular, me fui a la cama. Fue la mejor manera de no pensar en aquel repajolero enredo, tan frustrante.

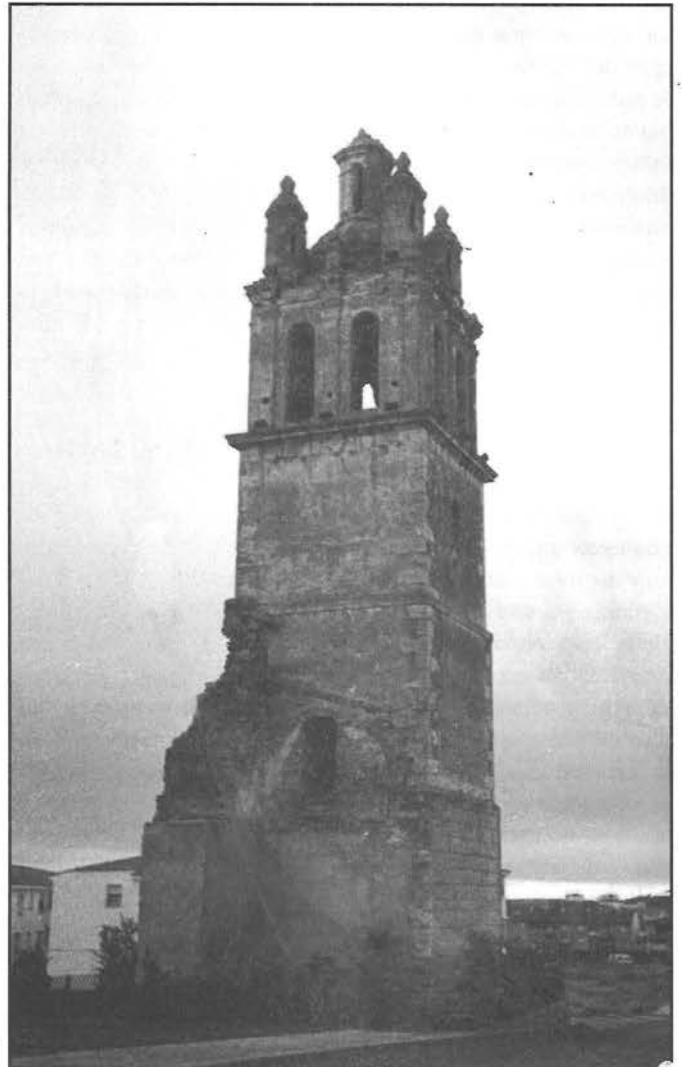
A las 10 de la mañana abrían los comercios y como un clavo estaba yo en la puerta del establecimiento dedicado a la fotografía que había identificado en mi vagabundeo vespertino de la víspera. Le expliqué a la dueña del local lo ocurrido, aunque sin tantos detalles, y lo primero que mentó fueron las pilas, que sí, que o eran alcalinas o durarían lo mismo que una llama de vela en medio de un vendaval. Puso las tales y aquello funcionaba; pero le indiqué que no abriera el dichoso aparato pues debía tener un carrete entero por rebobinar. Se fue a la trastienda y al momento volvió con la magna noticia: “El carrete ya está rebobinado, así que o hay fotos o no las hay”. Pasó por delante de mí toda la “película” de la historia de aquel carrete desde el momento que lo compré, en menos de un segundo: Lo compré en Lisboa. Mi mujer, Ana, y yo nos hicimos fotos en tal ciudad hasta casi terminarlo y luego yo, en CALZADILLA DE LOS BARROS, llegué a hacer una, la última, porque después fue lo del agotamiento de las pilas. Lo que pasa es que cuando quise rebobinar no duró la cosa ni un segundo, cuando normalmente tarda medio minuto en hacerlo, aproximadamente. Conclusión: O el carrete tiene hechos sus 24 fotogramas o no hay ninguno hecho porque jamás se desplegó de un lado a otro de la malhadada máquina fotográfica.

Me parecía estar ante el experimento del gato de Erwin Schrödinger. Uno de los momentos estelares de la mecánica cuántica. Se coge un gato, se le encierra en una caja totalmente opaca, o sea, que ni él vea nada del exterior ni nosotros del interior, y junto al azogado minino se incluyen una fuente radiactiva, un detector para registrar la presencia de las partículas radiactivas que salgan de la fuente mentada, una botella de cristal conteniendo un veneno, cianuro por ejemplo y ya tenemos preparado el curioso experimento. Si el detector registra la emanación de una partícula de la fuente radiactiva (y existe un 50% de posibilidades de que así ocurra) el recipiente de vidrio donde está el veneno se rompe y el gato (aún perplejo) muere. Si no registra emanación de partícula alguna, el gato vive. Pero el resultado es imposible saberlo hasta que no decidamos abrir la caja y miremos en su interior. Y es que la desintegración radiactiva es totalmente aleatoria e impredecible, pudiéndose solamente constatar mediante un supuesto sentido estadístico bastante pendular. Puede que sí y puede que no. Y esas son las dos probabilidades: O está muerto o no lo está, porque ambas probabilidades son reales hasta que no se abra la caja y miremos dentro. Cuando lo hagamos, una de las dos probabilidades se colapsa. Por lo tanto, mientras no destapemos la caja y miremos, puede que haya ocurrido lo que el gato no se espera (aunque esté bastante escamado) o que no haya ocurrido nada (lo que dejará al gato aún más mosqueado). Pero las dos cosas a la vez no pueden ocurrir porque el gato no puede estar a un tiempo vivo y muerto. O es una cosa o es otra; pero sólo saldremos de dudas (y el gato, también) cuando hayamos abierto la caja dichosa.

“Bueno, pues revele las fotos, porque es la única manera de saber si hice fotos o “tiré” las fotos, malgastando todo el carrete”.

En una hora saldría de dudas. Era como levantar la tapa de la caja del experimento cuántico muy lentamente, como si quisiera sorprender a las probabilidades teóricas de estar o no estar emulsionada la película del malhadado carrete.

Ni una sola salió. Ni una. O sea, el carrete nunca se desplegó en la cámara por muy automática e inteligente que fuera el artefacto. Tiempo y enfoques perdidos. Retazos de la realidad irrepetibles que sólo podría visionar en el álbum de mi caletre y que necesitarían ser narrados para ser conocidos. Supongo que eso habrá hecho que recuerde más vivamente los instantes que pretendía congelar en el celuloide de mi cámara para tontos. Pero conseguir un día luminoso, sin nube alguna, como ocurrió en Lisboa el día de marras, va a ser más difícil. “Ajo y agua”, que dicen los finolis. “A joderse y aguantarse”, que decimos los brutos. Pero eso sí, ahora tenía moraleja: “Cuando pongas un carrete en tu cámara fotográfica, comprueba que lo has puesto bien. El gato de Schrödinger te lo agradecerá, porque no se puede vivir sin saber si estás muerto, ni se puede uno morir sin saber que antes ha estado vivo, porque vivo y muerto a la vez sólo se puede estar en el desamor o en el amor no correspondido”. La “frase histórica” que buscaba puede que sea larga, pero no lo es menos llegar a una de las conclusiones antedichas. Y si no, que se lo pregunten al gato.



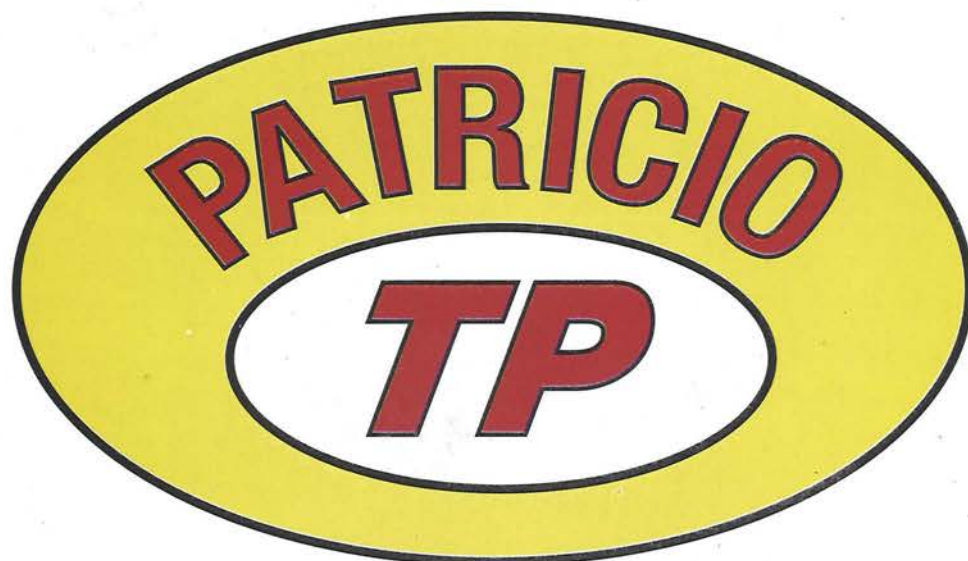
Torre de San Francisco en ZAFRA



*Arco del Palacio en ZAFRA*

# TRANSPORTES PATRICIO, S.L.

NACIONAL E INTERNACIONAL



Polígono Industrial Los Olivos  
Cl. Calidad, 72  
28906 GETAFE (Madrid)

Teléfono: 91 683 72 38  
Fax: 91 665 00 67

E-mail: [info@transportespatricio.com](mailto:info@transportespatricio.com)

## EL MIRADOR DE GREDOS



*Casas para todos*

**75 VIVIENDAS UNIFAMILIARES  
EN EL S.A.U. 45  
JARAÍZ DE LA VERA - CÁCERES**

PROMUEVE GESTIÓN Y DESARROLLO COOPERATIVO, S.L.

GRUPO



**FOGESA**



INFORMACIÓN Y VENTA:

C/. HERNÁN CORTÉS, 11 · GETAFE (MADRID) · TEL. 91 682 97 47  
C/. DERECHOS HUMANOS, 1 · JARAÍZ DE LA VERA (CÁCERES) · TEL. 927 46 10 18